The Library
of the
University of North Carolina

Endowed

Pf

PQ6217
.T44
vol. 20

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 20
no. 1-14

a 00002 33989 2

SF
B40

PQ6217
.T44
vol. 20
no. 1 – 14

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

7592

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

NENA TERUEL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

3
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
—
1914

NENA TERUEL

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1913, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

NENA TERUEL

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 6 de Abril de 1913

MADRID
IMPRENTA DE REGINO VELASCO
1914

A LAS ACTRICES ESPAÑOLAS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NENA TERUEL	Matilde Moreno.
MARCELINA	Luisa Calderón.
LAURA	Magdalena Abrines.
PEPITA	Elisa Méndez.
INÉS	Sara Esteban.
GENARA	Mercedes Sampedro.
ASUNCIÓN	Consuelo Hortelano.
DOÑA GERTRUDIS	Concepción Bermejo.
DON DIEGO ESPINOSA	José Tallaví.
JOSÉ MANUEL	José Calle.
TARAZONA	Pedro Sepúlveda.
ROMÁN OLMEDO	Alejandro Maximino.
TORRALBA	Delfín Jerez.
BELLO	Germán de Sylas.
MOLINA	Fernando Estrella.
CHIREL	Rafael Calvo.
ANTONIO	Constante Viñas.
UN CARPINTERO	José Lorigados.
UN TRAMOYISTA	Alfredo Paredes.
UN GUARDARROPA	Manuel Macías.

Acomodadores, tramoyistas, carpinteros, celadores, etc., etc.

ACTO PRIMERO

Estamos en el lindo cuarto de Nena Teruel, joven, bella y famosa comedianta, en uno de los principales teatros de Madrid. Al frente hay una puertecilla con cortinas, que da al tocador. A la derecha del actor la puerta del cuarto. Sobre ella un timbre. Muebles sencillos y elegantes, casi tapados en esta ocasión por una infinidad de cestas y ramos de flores naturales, «que convierten el *camerino* en un vergel», como diría Bello, personaje que a su tiempo saldrá. Una mesa con abundancia de regalos. Parece noche de beneficio y es de despedida.

—

La escena está sola. El primero en aparecer en ella es DON DIEGO ESPINOSA, viejo actor que arrebató a los públicos de su tiempo y es una lamentable ruina en el presente. Aunque maltrecho y sin energía física, aún asoma a sus ojos el fiero vigor de su espíritu. Tiene un genio del diablo, exacerbado por la amargura de su vida actual, y habla como rezongando casi siempre. Viste pobremente y usa sombrerillo flexible, capa larga y bastón, que a veces hace de tizona.

Don Diego. Deteniéndose a la puerta del cuarto, después de entrar en él, y murmurando como si oyera lejanos aplausos y respondiese a ellos. ¡Ay, aplausos... aplausos!... ¡Ya os conozco... ya sé lo que valéis! Música, música... Observando la

607055

profusión de flores que hay en la escena. Digo, ¿eh? ¡Cómo está esto de regalitos! Palmas allí... flores aquí... Noche de gloria.

Mezclan salvas diferentes
las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes...

Curioseando y leyendo algunas de las tarjetas que acompañan a las cestas de flores y a otros regalos. «A Nena Teruel, en la noche de su despedida, un admirador.» ¡Te veo, admirador!... Otro admirador. ¡Te veo! Otro admirador. ¡Eres turco y no te creo! «Eusebio Tarazona y Ruiz.» ¡Desconocido primero! «José Gómez Sánchez.» ¡N. N.! ¡Hola! Aquí hay una de sus «compañeros». Sí, sí, ¡compañeros!... ¡compañeritos!... Algo sé yo de estos compañeros...

Del tocador sale MARCELINA, servidora fiel de la actriz, más bien señora de compañía que doncella. Es vehemente, apasionada, nerviosa, pintoresca. Nació en Chipiona hace cuarenta años, ha recorrido medio mundo, y todavía no puede negar que es de Chipiona. Su único amor desde que se separó de su marido, por ocultas razones, es Nena Teruel. Adora en ella: la pondría en un altar.

Marcelina. ¿Quién resa por aquí? ¡Anda! ¡Pos si es don Diego! Güenas noches.

Don Diego. Felices, Marcelina.

Marcelina. ¿Con quién hablaba usté?

Don Diego. Conmigo mismo. Es la única manera de hablar con alguien que no me engañe. Y aun así no estoy muy seguro.

Marcelina. To se lo dise usté.

Don Diego. ¿Ha empezado ya el tercer acto?

Marcelina. ¡Ya lo creo! Ya están en la mitá. ¡Si es muy tarde! ¿Cómo no ha venío usté a primera hora?

Don Diego. Porque se empeñó Genara la vieja en que no había de salir esta noche, y me escondió la capa.

Marcelina. Y tenía rasón: er tiempo está muy malo.

Don Diego. Muy malo; pero yo antes que un cómico soy un caballero; y si no me he muerto como un perro

a estas horas ha sido porque Nena Teruel me ha tendido su mano. ¿Había de faltar en noche tan solemne para ella? Con nieve en las calles hubiera venido. Y cuenta que no estoy para hazañas... ¡Esta tos!... ¡esta tos va a enterrarme!

Marcelina. ¿Quié usté una pastiya de goma?

Don Diego. Gracias: no tomo porquerías.

Marcelina. La que da lo que tiene... Pos yo, don Diego de mi arma, vi a morirme de berrenchín, como los gorriones; no va a sé de catarro. Miste cómo tengo los ojos de yorá. ¡Malhayan los primeros pantalones que vinieron ar mundo! ¡Los de Adán!

Don Diego. Adán no usaba pantalones.

Marcelina. ¡Argo se pondría! Eyos tienen la curpa de to lo malo. ¡Los pantalones! ¡los pantalones!

Don Diego. Sí, señora; porque obedecen a las naguas.

Marcelina. Déjese usté de *chuflas*. ¿A usté le paese regulá la locura que hase esta niña?

Don Diego. ¿Qué locura? ¿La de casarse? ¿La de dejar la escena? No ha podido tomar una resolución más acertada. Yo la aplaudo.

Marcelina. ¿Se quié usté cayá?

Don Diego. ¡Yo la aplaudo, Marcelina; yo la aplaudo! Mundo de mentiras; mundo engañoso, donde el dinero es de cartón y los cetros y las coronas de guardarropía.

Marcelina. Eso sería en los tiempos de usté; cuando a usté le tocaban las parmas. Ahora er teatro es una gloria, y esta niña er lusero de eya. Usté lo sabe. ¿Se ha asomao usté ar público? ¡Hay que vé cómo está er teatro, señó! ¡Es un ascua de oro! ¡To Madrí! ¡Hasta los reyes han venío a despedirla! ¡Y qué ovasiones! ¡qué ovasiones! Pos ¿y la gente que ha desfilao por este cuarto ar finá del arto segundo? ¡Josús! Y tos con la misma cansión, entre veras y bromas: que ese hom-

bre que la quita der teatro es un criminá. Y lo es, don Diego.

Don Diego. No, sino un hombre que la quiere mucho.

Marcelina. ¡La úrtima noche que trabaja Nena Terué! ¡Vamos! ¡Si me paese una berrasión! ¡Con veintisinco años y solisitá por er mundo entero!

Don Diego. Mire usted, Marcelina, el público es una fiera que acaricia para devorar. Es mejor decirle cuando está más encariñado con la presa: «Ahí te quedas, tirano; lámete las garras; yo me voy a esconder donde tú no me veas», que no esperar a que él le diga a uno: «Vete ya, que me cansas, que no me diviertes. ¡Vete ya o te destrozo!» ¡Esto es más amargo que el acíbar! ¡De esta tela tengo yo un equipaje!...

Marcelina. Usté chochea, señó.

Don Diego. ¡Y usted no sabe lo que dice!

Marcelina. ¿Qué tiene que vé eso con er paso que va a dá esta niña? ¿Y to por quién? ¡Por ese hombre, más arisco que un gato! ¡Josús! ¡En cuanto ve dos personas reunías sale huyendo! ¿Querrá usté creé que en los dos años que yevan de novios no ha venío a este cuarto más que una sola noche? Por supuesto, que lo ha hecho con idea: pa obligarla, pa resorverla a dejá esto más pronto. ¡Inquisidó! ¡Pirata! ¡Permita Dios que le pase lo que yo le deseo!

Don Diego. ¿Qué le desea usted, Marcelina?

Marcelina. ¡Eso se quea pa mí! ¡Pero como haya un santo abogao de los caracoles, yo le ensiendo una lampariya! No me servirá, porque eya es güena y es honrá como la primera.

Don Diego. Entendido, entendido... Piadosa intención en vísperas de matrimonio. Y sí que habrá ese santo, y muchísimas devotas de él. Por lo que abunda la cosecha lo digo.

Marcelina. ¿Pero es que pueo yo mirá con pasiensia

que se la yeven de la luz pa enserrarla entre cuatro paredes? ¿No ve usté que yo, don Diego Espinosa, he presensiao las luchas que ha habío en aqueya casa porque a la niña se le puso sé der teatro y sus padres no querían que lo fuera? ¡Si ha sío una vocasión desde er pecho e su madre! ¡Si pa eya ni juegos, ni amigas, ni na: su teatro y na más que su teatro! Y entró por el aro don Grabié con tos sus galones de coroné de artiyería, y transigió también doña Madalena, después de consurtarlo con tos los curas de Jerez; y luego bien se han alegrao, porque han visto que era pa su contento, pa su gloria, pa su fortuna de eya. ¡Y pa er lustre de toa la casta, ¡qué jinojo! que a nadie le amarga verse retratao y nombrao en toas partes por mó de la niña! ¡Pa que venga ahora este tío sombrón de ingeniero, que no sabe hablá más que de hierro y de pórvora y de dinamita, a echá por tierra to lo conseguío y a yevarse ese tesoro pa é! ¡Váyase usté en medio 'er campo, señó, que ayí no hay nadie que le estorbe, a hasé puentes y túneles pa que pasen los trenes, y déjenos usté tranquilos a nosotros! ¡Me siego, me siego! ¡Pero, anda, que por la lampariya no ha de quedá!

Don Diego. ¿Y usted se irá a vivir con Nena a su casa?

Marcelina. ¡Pos no que no! Eso sí que no lo consigue: separarme de eya. Desde que me dejó mi marío, va pa sinco años, con eya estoy. Cuidao que ya me ha puesto er don José Manué chinitas pa que sarte; pero como no sarte é... Delante e sus narises me va a tené de día y de noche.

Don Diego. Y rezándole al santo de marras... Muy bien, muy bien... Ese hombre apelará a la dinamita.

Marcelina. Con tá que yo lo vea volá primero... poco se me importa. Ahí viene ya Nena.

Don Diego. ¿Ha concluído la función?

Marcelina. No, señó, sino que eya tiene ahora libre un güen rato.

Don Diego. ¿Y cómo ha elegido para despedirse *El baile de Doña Mencía*, una comedia que no vale dos maravedís?

Marcelina. Porque sale más bonita que en ninguna, digo yo que será.

Don Diego. A mí me ha parecido un desatino.

Marcelina. ¡Entonse se le habrá ocurrío al ingeniero!

Llega, en efecto, NENA TERUEL del escenario, vestida con un traje caprichoso y rico. Tiene su persona la simpatía de la belleza y la belleza de la simpatía.

Don Diego. Saliéndole al encuentro. ¡Nena!

Nena. ¡Don Diego! ¿Usted por aquí? ¡Qué locura! ¡Con este frío!...

Don Diego. Para hacer lo que se tiene que hacer, no se debe nunca mirar el termómetro. Y yo esta noche debía y quería besar estas manos de reina.

Nena. Usted siempre igual; tan noble conmigo, tan caballeroso... ¡Ay qué noche, don Diego! ¡Me alegro de tenerlo aquí! ¡Qué noche! Ya ve usted que dejo esta vida por mi voluntad, espontáneamente; que me voy del teatro por algo que ha podido más que él... Pues, sin embargo, esta noche estoy sintiendo como un dolor secreto todo lo que me dejo entre bastidores.

Marcelina. Gruñendo. ¡Hem!

Don Diego. No te pese, niña.

Nena. Si no me pesa; si nadie me ha mandado que lo haga; si es por mi gusto y por mi bien...

Don Diego. Eso no lo dudes.

Nena. Pero, con todo, don Diego, con todo; es que me despido para siempre de lo que ha sido mi vida hasta aquí. Dentro de unos minutos voy a representar la última escena. ¡La última escena! ¿Quién pudo sospecharlo nunca? Pues así es la vida: ya se acabó Nena Teruel. La secuestró la señora de Ramos. Marcelina vuelve a gruñir.

Don Diego. ¿Has traído la perra?

Marcelina. No, señó; soy yo.

Nena. Pues cállate y no gruñas.

Don Diego. ¿Sabes lo que te digo, Nena Teruel?

Nena. ¿Qué me dice don Diego Espinosa?

Don Diego. Te digo que dichoso el artista que hace su última escena cuando quiere. Yo la hice cuando menos esperaba que iba a ser la última.

Nena. Cuestión de suerte. No hay en el teatro dos historias iguales. Ni en el mundo tampoco.

Don Diego. Es verdad. Y dime, ya que he venido, ¿en qué rincón podré yo verte y oírte decir esas últimas palabras de artista?

Nena. ¡Donde usted quiera! En el mismo escenario, ¿no?

Don Diego. Sí, bien; en el escenario. Pero que venga Marcelina a presentarme a un celadorcito que me ha dicho ya dos veces que no me conoce. ¡A mí! ¡Que no me conoce un celadorcito del escenario! Y la tercera vez que no me conozca le abro la cabeza, por vía de presentación.

Nena. Pues sí, sí: Marcelina irá con usted.

Don Diego. ¡Ese niño tiene la obligación de conocerme a mí, que le quité el hambre a su padre! ¡Y a su abuelo! ¡En esta misma casa! Y no digo más, porque me va entrando la calentura. ¿Vamos, Marcelina?

Marcelina. A la disposisión de usté, don Diego.

Don Diego. Hasta ahora, Nenita.

Nena. Hasta ahora.

Don Diego. Te aplaudiré con el corazón. Deteniéndose en la puerta para dejar que pase Laura, que llega, e inclinándose cortésmente. Pase usted, señorita.

Laura. Muchas gracias, señor. Buenas noches.

Se van Don Diego y Marcelina.

Nena. ¿No lo has conocido?

Laura. ¿Quién es? ¿Es don Diego Espinosa?

Nena. El mismo. Ahí lo ves. La gloria de la escena; el coloso; el que conmovía, el que enloquecía al público con un gesto. Ahí lo ves.

Laura. ¡Pobre señor! Está hecho un cascajo.

Nena. Sacudiendo su pensamiento después de una pausa. Pero y esas chicas, ¿no entran? Adelante, niñas.

Las aludidas, PEPITA e INÉS, que pasan al momento, son, como Laura, lindos pimpollos que nacen a la escena con las almas llenas de ilusiones, y en cuyas gentiles personitas es imposible adivinar a las características del porvenir. Las tres vienen en traje de calle.

Pepita. Con permiso.

Inés. Con permiso de usted.

Nena. Venid acá, que ahora que tengo tiempo y no hay nadie, os voy a dar a cada una un recuerdo mío.

Laura. ¡Ay, qué buena!

Nena. ¿A quién mejor? No sabéis cómo me traen a la memoria vuestros sueños, los míos cuando empecé el teatro.

Pepita. Y habla usted como si fuera una vieja chocha.

Nena. Para el teatro, como si lo fuera efectivamente, puesto que ya lo dejo.

Inés. ¡Qué lástima!

Laura. ¡Eso sí que es lástima!

Pepita. Siendo para su bien...

Laura. Aunque lo sea. ¿De quién vamos a aprender nosotras? ¿Quién vendrá que mejor nos enseñe ni que sea tan buena?

Nena. ¡Oh! ¡Vendrán tantas!...

Laura. Como usted, ninguna.

Nena. Dejaos de flores y sigamos con mi testamento. Entra en el tocador.

Inés. ¿Su testamento?

Nena. Desde dentro. Mi testamento, sí; así le llamo yo. Sale con tres mantillas diferentes. Aquí tenéis: una cada una.

Laura. ¿Pero nos va usted a regalar esto?

Nena. Claro que sí: para que me llevéis siempre en la cabeza.

Laura. Para eso no hace falta regalo ninguno.

Nena. Esta es la tuya, Inés.

Inés. Abrumada. ¡Ay, por Dios! ¡Qué encanto! ¡Muchísimas gracias!

Nena. La de Laura, ésta.

Laura. ¡Dios se lo pague a usted! ¡Vaya si es linda!

Nena. Y ésta, la tuya.

Pepita. ¡Qué suerte! ¡La que más me gustaba!

Laura. Sí; ¡pues mira que la mía!...

Inés. ¡No, que la mía!...

Pepita. ¿Cuándo es Semana Santa?

Nena. Todavía tarda mucho. A ver si antes las lucís en escena.

Laura. ¡En escena! ¡Qué más quisiéramos nosotras! Pero con los papelitos que nos dan...

Nena. Ya tendréis papeles y victorias. Fijaos en mí. Dejo esta noche de ser quien soy y parece que fué ayer cuando rompí por todo en mi casa y me eché al mundo del teatro a buscar aventuras.

Laura. ¡Qué carrera más hermosa ha hecho usted!

Inés. Triunfal.

Nena. Sí; triunfal a la postre. Cuando se tiene la vocación que yo tenía por este mundo, que en mi cabeza y en mi corazón era de oro, no es probable quedarse a mitad de camino. Pero también conozco esas horas por que vosotras estáis pasando, de impaciencia, de anhelo...

Pepita. ¿Dónde trabajó usted la primera vez? ¿En aficionados?

Nena. ¡Uh! ¡La primera vez!... Hace ya tanto tiempo...

Laura. No puede hacer mucho.

Nena. Algunos años hace, no creas. Llevaba yo la trenza a la espalda... Fué en Jerez: en una fiesta de ca-

ridad. Representé un monólogo que me escribió un muchacho de allí. *La primera comunión* se llamaba.

«Pues, señor, todo ha salido
a medida de mi anhelo:
¡qué gran corona, qué velo
y qué precioso vestido!
Con ninguno, que recuerde,
me hallé jamás tan vistosa,
excepción hecha del rosa,
del amarillo y del verde...»

¡Pero que yo me acuerde de esto, Dios mío! Luego el poeta se tomó un veneno por mí.

Ríen las tres muchachas.

Pepita. ¿Veis? Un detalle así quisiera yo en mi historia. No he tenido más que un novio, y no era capaz de tomarse por mí ni un refresco si no habían pasado las tres horas de la digestión.

Nena. Riendo. ¡Qué ocurrencia!

Inés. ¿Y desde aquella noche del monólogo...?

Nena. ¡Desde aquella noche no hubo ya para mí más canción que la de los aplausos! Y comenzó el tole tole de los periódicos, y el hablar y el ponderar de amigos y parientes, y yo, que no necesitaba nada, me aferré a mi ilusión y no hubo medio de arrancármela del pensamiento. ¡Cuidado que me costó reñir con mis padres! ¡Jesús, qué peleas!

Laura. ¿Sí, verdad?

Nena. Una vez estuve quince días encerrada en mi habitación sin hablar con nadie.

Pepita. ¿Sin hablar con nadie? De eso no sería yo capaz.

Laura. Porque tú no tienes la afición que ella.

Nena. Al cabo mis padres se convencieron de que oponerse a aquel tesón mío era peor que oponerse a unas relaciones amorosas, porque iba a acabar por fu-

garme, y cedieron. ¡Qué habían de hacer! ¡Y entonces sí que empezó de veras mi lucha! Porque no creáis que han sido todo rosas. Me acuerdo de una temporada por varios pueblos de Andalucía... ¡Oh! ¡Bien me probé a mí misma en aquellas andanzas el temple de la vocación! Mis padres me dejaron ir, sin duda, para ver si lo duro de la vida me fatigaba y me hacía arrepentirme. Pero ¡ca! ¡Bonita era yo! La misma batalla me enamoraba más del teatro, me excitaba, me ofrecía más sabroso el triunfo lejano. ¡Qué días! ¡Qué meses aquellos! Cada noche representábamos una obra distinta. ¡Imaginaos la fiebre del estudio, la angustia, el cansancio!... Yo hice entonces desde Ofelia hasta la novia de *Diego Corriente*. ¡Ja, ja! En un pueblo en que no había teatro, a punto estuvimos de representar en la plaza. Nunca he olvidado estas impresiones de aquellos años de mi vida. Ahora se me figuran de una historia que yo he leído. Suena el timbre. ¡Ay! ¡Me llaman en lo mejor del cuento!

Laura. ¡Vaya por Dios!

Nena No me dejéis el cuarto solo.

Inés. Descuide usted.

Pepita. Y un millón de gracias por las mantillas.

Laura. A ver si alguna vez nos inspiran.

Pepita. A ver si nos dan la buena sombra.

Nena. Poco a poco he de irme desprendiendo de todo: ya os digo que es mi testamento. ¿Qué papel hacen ya en mi casa estas prendas vivas de algo que se muere esta noche? ¡Ay, niñas! Voy a hablar por última vez desde el escenario.

Laura. ¡Qué dolor! Y lo dice con la cara alegre.

Nena. Por debajo del colorete puede que esté pálida. Vamos allá. Se marcha presurosa.

Laura. ¡Qué simpática es!

Pepita. ¡Y qué artista!

Inés. Esta noche está contenta, y no está contenta.

Pepita. Del público bien puede estarlo; porque ¡mira que han sido unas ovaciones!

Laura. Las que se merece. No entiendo la testarudez del novio en quitarla de aquí. Lo que es yo, si me saliera un novio y me quisiera quitar del teatro, lo plantaba.

Inés. Pues mira, yo, después de la carrera de ella, harta ya de aplausos de todo el mundo, si me saliese un novio como el suyo, ingeniero, guapo y con fortuna, qué sé yo, qué sé yo...

Pepita. Pues yo, por de pronto, lo que quiero es que me salga el novio. Y tiempo habrá de pensar lo demás.

Llega oportunamente ROMÁN OLMEDO, galán de la compañía. También viene en traje de calle. Está muy abstraído.

Inés. Hombre, Olmedo, a punto llega usted.

Olmedo. ¿Por qué, Inesita?

Pepita. Dice bien ésta. En vez de andar por todos los cuartos como un moscón, se va usted a quedar aquí de guarda mientras no llega Marcelina.

Olmedo. Con muchísimo gusto.

Laura. Eso es: y así nosotras nos vamos al escenario a escuchar la ovación final. ¡A mí me dan un escalofrío los aplausos... aunque sean a otras!

Pepita. ¡Ay, los aplausos! Vente, Inés. ¡Tengo unas ganas de convidar con motivo al jefe de la *claque!* Se marcha con Inés del brazo.

Laura ríe, y al ir a seguir a sus amigas repara en la abstracción de Olmedo y se detiene.

Laura. ¿Y a usted, qué le pasa?

Olmedo. A mí nada, Laurita.

Laura. Creí. Está usted tan serio... Mire usted qué mantilla más linda me ha regalado Nena.

Olmedo. Preciosa es. Cuídala, que bien lo vale su recuerdo.

Laura. Por un talismán he de tenerla. Pausa. Vaya, lo dejo a usted con sus cavilaciones.

Olmedo. Adiós.

Laura. De pronto, recordando. ¡Ah... vamos! ¡Tonta de mí!... Se va mirándolo maliciosamente.

Olmedo. Paseando ensimismado.

...Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa...

¡Se me han metido estos versos en la cabeza!

De improviso se presenta TORRALBA seguido de cuatro acomodadores del teatro. Torralba es el representante de la empresa: hombre diligente, aunque atolondrado. Los acomodadores obedecen sus órdenes.

Torralba. Con mucho cuidadito os vais a ir llevando al escenario todas estas cestas. Los ramos no; las cestas nada más. ¿Qué? Andad: una tras de otra. Con cuidado, ¿eh? con cuidado. Ponedlas allí agrupaditas junto a las demás, y en el momento en que baje el telón, ¡todas a la escena! ¿Qué? Cuidado. Cuidado. ¡Cuidado! Allá iré yo ahora a disponer cómo ha de hacerse. ¿Qué? A Olmedo, mientras los acomodadores van quitando de allí las cestas. ¡Valiente nochecita llevo, amigo Román! Bueno, la despedida es para mí. No paro un instante. ¿Qué? Como no ande uno en todo... ¿Usted me ve aquí, no es verdad? Pues no estoy aquí solamente. Estoy ahora mismo en la Contaduría, y en el saloncillo, y en el teléfono, y en el despacho de billetes, y en el palco real, y en el vestíbulo, y en el puesto de agua. ¿Qué? ¿qué? ¿Y usted, qué tiene? Digo, ¿qué ha de tener usted? El disgusto que todos. ¡Vamos, que la jugada de la niña! ¿Qué? ¡Cualquiera le encuentra sustitución! Así está el empresario: con fiebre. ¿Qué? Y yo, su representante en el mundo, también tengo décimas. ¿Qué? Observando que Olmedo no le hace caso. Vaya, me vuelvo al escenario a escape, no hagan esos una barrabasada. A MARCELINA, que llega contrariada y llorosa. Pase usted, Marcelina. Yo,

tropezando con todo el mundo esta noche menos con quien deseo tropezar. ¿Qué? ¿qué?

Marcelina. No he despegao mis labios, señó.

Torralba. Hasta ahora. Llamando a uno que pasa. ¡Martínez! Se va corriendo.

Olmedo. Me pone nervioso el *qué, qué, qué* de este hombre.

Marcelina. Paese una clueca. Yo me he venío de entre bastidores, porque si sigo ayí, estoy viendo que sargo a ersena a desí cuarquier atrosidá. Y se arma un escándalo. ¿Y usté, cómo no está en la sala?

Olmedo. Porque no hay sitio para mí.

Marcelina. ¿Porque no hay sitio?

Olmedo. Me conformo con decirle adiós en su cuarto a la señorita Teruel.

Marcelina. Ya.

Olmedo. Puesto que ella, para su despedida de la escena, ha elegido una comedia en que yo no tengo papel, no quiero que tampoco me vea entre los espectadores.

Marcelina. Ya. Don Román, usté está picao.

Olmedo. ¿Por qué? ¿Por esto? No soy tan quisquilloso.

Marcelina. Digo picao de la tarántula.

Olmedo. ¿De qué tarántula?

Marcelina. Hágase usté er tonto. ¿Se piensa usté que yo no sé lo der noviajo de ustedes cuando prinsipiaron la carrera?

Olmedo. Ah, ¿usted lo sabe?

Marcelina. Señales estoy dando de eyo.

Olmedo. Será porque Nena se lo haya dicho.

Marcelina. O será porque una tiene vista. No había más que reparó cómo hasían ustedes las ersenas de amó pa adivinarlo. Con ningún cómico ha trabajao eya como con usté, ni usté con ninguna como con eya. ¿A que es verdá esto que yo digo?

Olmedo. Verdad es. Nos entendíamos, sentíamos de la misma manera; nos ayudábamos el uno al otro.

Marcelina. Er rescordiyo que quedaba.

Olmedo. Quizás. Ello es—lo confieso sinceramente —que las palabras de amor, las sacudidas de los celos, las lágrimas de la ternura, hasta los gritos de la pasión más fuerte tenían en Nena Teruel para mí el calor de lo humano, de lo verdadero. Apenas comenzábamos a hablar desaparecía la ficción, hacíamos nuestras las dos vidas que representábamos en la comedia, y los aplausos eran siempre nuestro premio... Aun a pesar de ella, y aun sin darme cuenta yo mismo, siempre palpitaba secretamente en nuestras escenas de amor un íntimo recuerdo de lo que fué.

Marcelina. Que es lo que yo he visto.

Olmedo. Ni más ni menos.

Marcelina. Y por eso digo que está usté picao.

Olmedo. Y lo estoy.

Marcelina. ¡Tengo yo un candí de dos mecheros!...

Olmedo. No he querido a más mujer que a esta, Marcelina. Esta noche pierdo yo más que nadie. ¡Qué lástima de actriz!

Marcelina. ¡Malhaya! No me hable usté de eso, que se me regüerve la sangre. Traspasá de pena y de coraje estoy yo.

Olmedo. ¿Qué se le ha de hacer? Es tarde para remediarlo. Pausa.

Marcelina. ¿Cuánto tiempo hase de lo de ustedes? Porque eso fué antes de que yo estuviera con eya.

Olmedo. Ocho o diez años ya. En nuestro primer vuelo. Por cosa de niños empezó... Con todo el ardor y toda la inconsciente vehemencia de los veinte años míos y de los quince de ella.

Marcelina. ¿Y duraron mucho los amores?

Olmedo. Poco más de dos años. Nos separó el trabajo, mi viaje a América... ¡la vida! Quizás el figurarse

ella que yo era muy poco galán para tan gran actriz, y el presumir yo desde luego que aquella chiquilla no podría nunca codearse con tan gran actor.

Marcelina. Lo que tienen los pocos años.

Olmedo. Y pasó el tiempo, y la suerte nos volvió a unir en una compañía; y ella era ya Nena Teruel, la actriz arrolladora, y yo era ya... quien soy. Y juntos hemos corrido estos años triunfales, y por capricho del destino, como ella era la dama y yo el galán, aunque ella tuviera en el mundo un novio y yo una novia, teníamos en la escena que enamorarnos. La verdad de mi corazón latiendo siempre a compás de la mentira de la escena. Le he dicho de Otelo que al ver su cara de ángel el demonio dudaría en llevársela, y de Romeo que era el ruiseñor el que cantaba y no la alondra, y de don Álvaro que el sacerdote nos esperaba en el altar, y de don Juan que las orillas del Guadalquivir respiraban amor para ella. Le he dicho que la quería en verso y en prosa, y de cota de malla, y de chambergo, y de casaquín, y de frac, y de blusa... El amor siempre entre ella y yo: de niños, con las palabras nuestras; luego, con las palabras que escribieron otros; pero entre ella y yo siempre.

Marcelina. Cáyese usté, que me va a dá una arferesía. Cáyese usté, don Román, cáyese usté. Cáyese usté, porque al oírle a usté toas esas cosas que está disiendo... Cáyese usté... y haga usté er favó de desirme a mí que también me caye.

Olmedo. Sí; es lo más acertado. Cállese usted.

Marcelina. Es muy difisi que yo me caye.

Olmedo. Pues haga lo que quiera.

Marcelina. ¡Ay, señó, señó!...

Nuevo silencio.

Olmedo. Dígame, Marcelina: ¿usted cree que esta retirada será absoluta; que nunca más Nena Teruel volverá al teatro?

Marcelina. ¡En er nombre der Padre! ¡Como no enviude! ¡Si se casa con un lingote! ¡Más dura tiene la cabesa!... Y que, aunque lo disimule por haserse er fino, no traga na de ersenarios adentro. Nena Terué, como si se sepurtara en una mina. Usté despídase de eya esta noche pa siempre.

Olmedo. Después de todo, así debe ser. ¡Ay!...

Marcelina. Se entierra en vida la criatura.

Olmedo. De nuevo ensimismado; lleno el espíritu de los recuerdos de otros tiempos.

...Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.
Una corona de flores
dadme también: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como a mí me veis llorar.

Marcelina. ¿De qué funsión es eso?

Olmedo. De *El Trovador*. Fué una de las primeras obras que hicimos juntos, allá en nuestros comienzos, en un teatro de un pueblecillo de Andalucía... ¡Leonor! ¡Manrique! ¿Qué ha sido de vuestros amores?

Marcelina. Esta noche se le aprieta a usté un deo y se le sartan las lágrimas.

Vuelve apresuradamente LAURA, exaltada y con gran alegría.

Laura. ¡Pero, Marcelina!

Marcelina. ¿Eh?

Laura. ¿En qué piensa usted que no va al escenario? ¡Ha acabado la obra! ¡La ovación a Nena hace llorar!

Marcelina. ¡Dios mío!

Laura. ¡Está todo el público de pie! ¡Las señoras la saludan con los pañuelos! ¡Los ¡bravos! y los ¡vivas! atruenan! ¡El escenario es un monte de flores! ¡Yo estoy pasando un rato!... Mire usted, mire usted cómo tiemblo... ¡Venga usted conmigo!

Marcelina. ¡Hija de mi arma! Se va de estampía.

Laura. Olmedo, venga usted también.

Olmedo. Emocionado. Vamos... sí... vamos todos. Se marcha tras Laura y Marcelina.

Un momento después reaparece como disparado TORRALBA.

Torralba. En mitad de la escena, aturdido. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Llegándose a la puerta. Pase usted, Chirel.

Pasa CHIREL, periodista miope que no usa lentes.

Chirel. Muchas gracias.

Torralba. Aquí están los demás regalos. Ya ha tomado usted nota de las cestas y de los que hay en el saloncillo, ¿verdad?

Chirel. Sí, sí, sí, señor, sí.

Torralba. Pues éstos son los que le faltan. ¿Qué?

Chirel. Estos, sí. Quiero hacer una información muy completa. Sí. No todos los días se da una actualidad tan curiosa.

Torralba. ¿Qué?

Chirel. Sí.

Torralba. ¿Qué?

Chirel. Sí. Con permiso de usted voy a ir apuntando...

Torralba. Bueno. Aquí se queda. ¿Qué? Yo voy al escenario. ¿Qué?

Chirel. Sí, sí, sí.

Torralba. A sus órdenes.

Chirel. Gracias.

Torralba. Adiós. Se va rápidamente.

Chirel saca pluma y cuartillas y va anotando los regalos, mirando primero el objeto y leyendo luego la tarjeta que está con cada uno.

Escribe acercándose tanto el papel a los ojos, que se teme, viéndolo, que se salte uno con la pluma.

A la tercera o cuarta apuntación llegan MOLINA y BELLO, asíduos contertulios de Nena Teruel, militar el uno y paisano el otro. El militar es desenfadado y frescote y el paisano correcto y cortés.

Bello. Lo dicho, querido Molina: yo me pongo luto en el sombrero y en el brazo. Buenas noches, amigo Chirel.

Chirel. Buenas noches, señores.

Molina. Muy buenas. Convéncete, chico: no hay más que una salida satisfactoria.

Bello. Tú dirás.

Molina. ¡Matar al marido!

Bello. Riéndose. ¡Hombre! ¡Matar al marido! ¿Por qué?

Molina. ¡Por ansioso!

Bello. No; yo no lo quiero mal: yo no hago más que envidiarlo y admirarlo a la vez. ¡Ha sabido llevarse algo que era de todos para él solito!...

Molina. ¡Pues por eso mismo hay que pegarle un tiro en la cabeza! ¡Y cómo está Nena esta noche! Yo nunca la he visto más guapa.

Bello. Ni yo: en eso convengo contigo.

Chirel. Confidencialmente. Hombre, y a mí que Nena Teruel, como mujer—como actriz me quito el sombrero,—como mujer nunca me ha dicho nada.

Bello. ¿Qué habla este temerario de Chirel?

Chirel. ¡Nunca! La encuentro vulgar, insignificante. Sí. ¡Nunca me ha dicho nada!

Molina. Señor mío, o se calla usted o por usted van a empezar los muertos. ¡No hay derecho! Usted ve muy poco.

Chirel. Ya, ya sé que ustedes son de los incondicionales de su belleza, pero, ¿qué quiere usted? sobre gustos no hay nada escrito.

Molina. ¡Ni una palabra! Y si se escribe algo no se lo encargarán a usted.

Chirel. Sí.

Molina. No, no; no se haga usted ilusiones.

Chirel. ¡Je! ¡Qué mal le ha caído!

Risas.

Sollozando, y con los ojos encendidos de llorar, pasa Marcelina de la puerta del cuarto a la del tocador, en el cual se encierra a desahogarse.

Bello. ¡Pobre Marcelina! Llora a Nena como por muerta esta noche.

Chirel. ¿Cómo se llama esta señora?

Bello. Marcelina.

Chirel. Es interesante la figura para mi información. Entre doncella y señora de compañía... Sí. Me va, me va. Sí. Toma nota.

Bello. Pensaba yo, Molina, en regalarle a Nena un álbum copiosísimo, encuadernado en pergamino, con las firmas de todos sus admiradores.

Molina. ¡Eso es una cursilería! Aquí no hay que hacer más que lo que yo propongo; no le des vueltas: ¡matar al marido! ¡Es la única solución razonable! ¡Matar al marido!

Halagada por la feliz idea, sale MARCELINA del tocador.

Marcelina. ¿Quién ha dicho eso?

Molina. Servidor, señora.

Marcelina. ¡Pos cuente usté conmigo pa er primer gorpe!

Molina. Y usted conmigo para lo que se ofrezca.

Bello. Silencio, por Dios, no se vaya a presentar *la viuda*... ¡Ja, ja, ja!

Chirel. ¿Qué aplausos son esos?

Bello. Es verdad, que suenan aplausos.

Se asoman a la puerta del cuarto. Los aplausos a que se refieren son nutridos y calurosos, y a cada instante suenan más cerca. Todos los carpinteros, tramoyistas, guardarropas, celadores y demás depen-

dientes del escenario, a cuyo frente viene ANTONIO, el jefe de la maquinaria, acompañan a NENA TERUEL a su cuarto entre palmas y vítores.

Molina. La ovación de la sala que llega hasta aquí.

Marcelina. No, señó, no; es la gente del ersenario. Los tramoyistas y los carpinteros, que la quieren mucho.

Bello. ¡Pues es una verdadera ola!

Chirel. Volviendo a tomar nota. ¡Muy interesante! ¡Muy bonito!

Marcelina. ¡Pobresita mía!

Llega a su cuarto Nena Teruel conmovidísima, con las lágrimas a flor de los ojos; las mejillas ardientes. El acompañamiento se agolpa a la puerta, sin dejar de aplaudirla. Ella ve a Marcelina e instintivamente se le abraza en silencio. Los aplausos siguen, haciendo más viva la emoción de todos en tal instante. Al cabo Nena se separa de Marcelina, y habla entre lágrimas, dirigiéndose a los que la aplauden.

Nena. Basta ya, por Dios; basta ya de aplausos, Antonio. ¡Que no puedo más!

Antonio. ¡Ea, callarse! ¡Callarse! ¡Callarse todos!

Cesan los aplausos completamente.

Nena. Tendiendo sus manos a los amigos, sonriente y llorosa a la par. Señores... *la commedia è finita.* En una noche.. en unas horas... de ser a no ser.

Antonio. Tomando la palabra. Nosotros, señorita Nena, no molestamos más. Nosotros, lo que hemos querido...

Carpintero. ¡A ver lo que dices!

Tramoyista. ¡Calla tú, que él sabe!

Antonio. Hombre, un poco de educación; que no cuesta nada.

Chirel. Entusiasmado. ¡Esto es muy bonito!

Antonio. Nosotros, señorita Teruel, no hemos querido más que demostrarle a usté la satisfación que con usté tenemos por el disgusto que nos causa su despedida.

Nena. Muchas gracias, Antonio.

Antonio. Usté ha sido pa nosotros mejor que nadie en este mundo, porque nos ha tratao sin orgullo siempre, valiendo más que otras y pudiendo mandarnos más bien que otras.

Guardarropa ¡Que te cuelas!

Antonio. ¡Que te calles tú!

Carpintero. ¡Hombre, por Dios!

Tramoyista. ¡No estropearla a última hora!

Se produce una ligera disputa en el grupo, que pronto calma Antonio, imponiéndose.

Antonio. ¡A ver si va a ser posible! ¡Paece mentira, hombre! ¡Callar!

Carpintero. ¡Schssss!

Antonio. Usté dispense, señorita Teruel. Es que con el osequio que usté nos ha hecho se ha calentao la gente un poquillo y no hay quien los contenga. De modo y manera que lo más acertao es irnos ya de aquí, y dejarla a usté que descanse, y darle a usté otro aplauso pa que el de los pobres sea el último que se lleve usté en los oídos.

Nena. Id con Dios, id con Dios...

Antonio. Hasta mañana si Dios quiere. ¡Otro aplauso!

Rompen a aplaudir todos, secundados ahora por los contertulios presentes, y aplaudiendo se alejan.

Chirel. ¡Muy bonito, pero muy bonito! ¡Esta nota de la gente humilde es preciosa!

Bello. A mí me ha tocado en el corazón; lo digo con franqueza.

Llega TARAZONA y pregunta, deteniéndose a la puerta del cuarto.

Tarazona. ¿Se puede pasar?

Nena. Adelante. Pasa con la venia de la actriz y se acerca a saludarla. Es un hombre de mediana edad, nacido en la Rioja, campechano y francote. Habla con ligero dejillo parecido al aragonés. Viene de smoking, pero mejor vendría de americana.

Tarazona. Usted no me conoce, señorita Teruel.

Nena. No, señor; en este momento no caigo.

Tarazona. No, no; si no me conoce en absoluto; sí en su vida me ha visto. Buenas noches, señores.

Bello. Buenas noches.

Molina Buenas noches.

Chirel. Buenas noches.

Tarazona. Al final del segundo acto estuve aquí; pero había tanta gente en el cuarto, que no quise entrar. Era esto un hormiguero.

Nena. Sí, señor; subió todo el mundo.

Tarazona. Y ahora ya he visto cómo la aplaudía la gente de la casa. Aplausos allá fuera y aquí dentro. Está bien, está bien. Yo me he tomado la libertad de enviarle a usted una cesta de rosas.

Nena. ¡Ah! ¿La cesta toda de rosas es de usted? ¿Es usted el señor... Tarazona?

Tarazona. Servidor.

Nena Pues un millón de gracias. La cesta es bellísima. Ha llamado la atención de todos. Empezando por mí.

Tarazona. Esa es la única opinión que me interesa. Las demás nada valen en el caso presente. Con perdón. Ni la cesta valía nada tampoco antes de estar aquí.

Nena. Muchas gracias.

Tarazona. La verdad. Si es un atrevimiento o no, discúlpemelo. Y que me lo disculpe su futuro de usted, si por casualidad es alguno de estos señores.

Bello. ¡No! ¡No!...

Molina. ¡Ca!...

Tarazona. La cuestión es que yo no quería que usted se marchara a su casa sin echarle la despedida, como cantan los mozos de mi pueblo.

Nena. ¿Es usted...?

Tarazona. De la Rioja. En Logroño vivo, y allí me tiene a su devoción. Usted no sabe lo que yo la admiro, señorita. Este viaje a Madrid no ha sido más que para asistir a la función de hoy.

Nena. ¿Es de veras?

Tarazona. ¿Pues no lo ha de ser? Tan de veras como que me cuesta una semana sin cruzar la palabra con mi costilla. ¡Buena se ha quedado!

Nena. ¡Jesús!

Tarazona. Pero no me importa: ¡tengo todo el año para hablar con ella de lo que se tercie!... Yo, señorita Teruel, aunque parezco burdo y zafio por mis maneras y mis expresiones, soy un romántico por dentro. No se rían ustedes. Yo no he visto nunca una actriz que más me enamore y me cautive. Ha hecho usted siempre con mi corazón lo que ha querido. Le debo a usted emociones muy hondas, muy puras; noches enteras inolvidables. La he visto a usted y la he aplaudido en casi todas las provincias de España. Y también en América. Así es que cuando supe lo de la retirada, me llevé un gran disgusto. ¿De quién he de esperar yo ahora lo que con usted se me va? Y esto es todo, señorita Teruel. Usted deja el teatro por la casa, y eso es sagrado. Dios la colme de dichas. Por mi parte, dentro del sentimiento de no volver a verla, tengo el gusto de que me acepte usted esas flores y de estrechar su mano.

Nena. Y yo una viva satisfacción en conocerlo a usted y en haber oído cuanto me ha dicho.

Tarazona. En el temblorcico con que se expresa noto que no es eso una cortesía.

Nena. Puede usted creerlo. Yo no he sabido fingir nunca más que en escena, y ahora... ya...

Asoman en plan de despedida LAURA y DOÑA GERTRUDIS, su madre. Emocionadas besan a la actriz.

Laura. ¿Usted vuelve mañana?

Nena. Sí; mañana vuelvo.

Laura. Hasta mañana, entonces.

Nena. Adiós, fea.

Doña Gertrudis. Hasta mañana, Elena.

Nena. Adiós, doña Gertrudis.

Doña Gertrudis. Que usted descanse. ¡Loca va ésta con su mantilla!

Nena. Adiós, adiós.

Laura. Adiós.

Nena. Adiós.

Se marchan madre e hija.

Bello. Nosotros también nos despedimos, que es última hora y usted necesita reposo.

Molina. Sí, sí.

Se presenta presuroso TORRALBA, también de despedida.

Torralba. Nenita, ¿quieres algo?

Nena. Muchas gracias, Torralba. ¿Las flores...?

Torralba. Repartidas como tú me encargaste. ¿Qué? En el saloncillo quedan no más que cuatro cestas. ¿Qué?

Nena. Esas ya las mandaremos mañana.

Torralba. Los otros regalos te los enviaré a casita a primera hora.

Nena. Bueno.

Torralba. Y a descansar de tantas emociones. ¿Qué?

Nena. ¡Bien lo necesito!

Torralba. Despidiéndose de todos vertiginosamente. Adiós, Bello. Adiós, Molina. Adiós, Chirel. Señor mío... ¿Qué? ¡Buenas noches! Volviéndose en la misma puerta. ¡El trabajo que me ha costado hacer una tablilla sin tu nombre! ¿Qué? ¡Hay que sufrir! Buenas noches a todos. Se va.

Tarazona. Buenas noches.

Bello. Elenita, sin palabras, porque la emoción no las tiene. Le deseo a usted en su futuro hogar, en el nido de flores donde va usted a ser la paloma, en ese santuario que forma el amor, le deseo a usted, repito, tan inacabables venturas, tan supremas dichas, mieles tan sabrosas...

Molina. ¡Hombre, qué has dicho que te despedías sin palabras!

Bello. ¡Qué zángano eres! Elenita... Le estrecha las ma-

nos con los ojos en blanco y se aparta de ella con cara de caramelo chupado.

Molina. Yo, sin palabras de veras. Soy siempre su amigo: ¡perdono a su marido de usted! ¡No se puede hacer más!

Nena. Muchas gracias.

Chirel. Servidor, agradecidísimo a sus deferencias. Sí. Ya le mandaré a usted la revista.

Nena. Lo estimaré mucho.

Chirel. Miles de enhorabuenas.

Nena. Gracias, gracias. Adiós.

Tarazona. Pues lo dicho, dicho. A descansar, señorita Teruel, y a mandarme lo que se le ocurra. Si alguna vez puedo servirla en algo, tendré en ello el mismo placer que he tenido aplaudiéndola en todas partes.

Nena. Un millón de gracias.

Molina. Buenas noches.

Tarazona. A los otros. Pasen ustedes.

Bello. *Après vous.*

Se van los cuatro. Nena les sonríe afectuosamente. Pausa. Se miran en silencio Marcelina y ella.

Nena. Suspirando al cabo. ¡Ay! Vamos a quitarnos por fin este disfraz. Anda, Marcelina.

Marcelina. Vamos. Se entra en el tocador.

Cuando Nena va a irse, advierte la presencia de don Diego Espinosa, que llega. Durante su breve diálogo con él, vuelve Olmedo, quien aguarda para hablarle a que don Diego se retire.

Nena. ¡Don Diego!

Don Diego. Ven aquí, Nena, ven aquí. He estado esperando para despedirme a que se fueran todos los señoritos. No quiero ver a nadie. Ni que nadie me vea. Cuando piso esta casa quisiera ser gas hasta llegar a tu cuarto. ¿Me entiendes?

Nena. De sobra; sí, señor.

Don Diego. Con todo el mundo soy áspero y desabrido, y contigo tierno. Mis razones tendré. Te felicito

por la última escena: por el arte con que la has hecho, y porque es la última que haces. Te vas del teatro cuando todavía quedan en él muchos años de flores para ti. Pero no te pese. Creo que tu marido es el hombre que más te quiere en la tierra, por lo mismo que te arranca de aquí.

Nena. ¿Usted no dejará de ir por casa?

Don Diego. Cuando tú me llames. Ahora ya no es igual.

Nena. Ahora y siempre será todo igual para usted. ¿Lo oye?

Don Diego. Basta, basta; que ya no estamos solos. Y todo se interpreta como quiere el diablo. Adiós, Nena, adiós. Bastante hemos hablado ya.

Nena. Adiós, don Diego.

Don Diego. A Olmedo. Dios le guarde, caballerito.

Olmedo. Buenas noches, don Diego. Creí que no quería usted nada conmigo.

Don Diego. *¿Si digo que os guarde Dios*
bastante agrado no os muestro?

Nena. ¡Que espero verlo pronto por casa!

Don Diego. ¡Cuando tú me llames! Se aleja murmurando los versos siguientes:

Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné...

Olmedo. La fiera.

Nena. La fiera: así le nombran. ¿Nació fiera, o lo volvieron fiera entre todos?

Olmedo. Quizás haya algo de las dos cosas.

Nena. ¿Y tú, dónde has estado que no te he visto en toda la noche?

Olmedo. Lo he hecho adrede.

Nena. ¿Adrede?

Olmedo. Como no has querido que yo tomara parte en la función, no quise tampoco enojarte con mi presencia.

Nena. Riéndose. ¡Jesús, qué cosa más ridícula!

Olmedo. ¿La encuentras ridícula?

Nena. Y tú también, en cuanto te dé el fresco de la calle. Anda con Dios.

Olmedo. ¿Me despides?

Nena. Sí, hombre; dispensa. Voy a desnudarme; van a apagar la luz. Se ha marchado ya todo el mundo. ¿Qué quieres?

Olmedo. Nada, nada, mujer.

Nena. Pues, hasta mañana.

Olmedo. Yo no vendré mañana. No tengo ensayo ni función.

Nena. Yo sí vendré. A desalojar esto, a repartir algunas flores, a decirles a todos adiós... ¡Y ahí te quedas, mundo amargo!

Olmedo. Amargo, sí.

Nena. Para ti no lo ha sido, Román.

Olmedo. ¿Y tú lo dices?

Nena. Vaya, adiós.

Olmedo. Adiós. Que seas muy dichosa.

Nena. Espero serlo. Que tú también lo seas.

Olmedo. Gracias.

Nena. Adiós. Entrase en el tocador.

Olmedo. Tras de algunos pasos por la escena, durante los cuales lucha consigo mismo. ¿Para qué he hecho esto? Alzando la voz. Ya me voy, Nena. Buenas noches.

Nena. Desde dentro. Vete con Dios, Román.

Olmedo. ¿Me dejas que me lleve una flor?

Nena. Coge las que quieras.

Olmedo. No quiero más que una.

Nena. Es igual. Mañana le enviaré una cesta a tu madre.

Olmedo. No te molestes.

Nena. No es molestia, tonto. Es gusto que tengo.

Olmedo. Gracias en su nombre. Adiós.

Nena. Adiós.

Al marcharse Olmedo llega JOSÉ MANUEL. Se reconocen, sorprendidos de hallarse en tal ocasión el uno y el otro, y se hacen una forzada reverencia. Olmedo se retira luego. José Manuel es hombre de complexión robusta y delicado espíritu. Habla con viveza y calor. Es siempre sincero. Su estado en este instante es crítico; los más extraños celos se han apoderado de su alma. Viste con sencilla distinción. Trae un gabán al brazo, que tira en seguida sobre un mueble.

José Manuel. ¿Ese hombre, además? ¿Qué hacía aquí ese hombre a estas horas? ¿Y más flores también? ¿Es que han sido pocas las del escenario?

Marcelina. Asomándose con curiosidad. ¿Quién es? Aterrada al ver a José Manuel. ¡Josús! ¡quién está aquí! Se vuelve dentro.

Nena. ¿Quién?

José Manuel. ¡Yo!

Nena. ¿Tú?

José Manuel. ¡Yo mismo!

Nena. Espera.

José Manuel pasea desasosegado.

José Manuel. He dicho que soy yo, y no es cierto. No soy yo: es otro. Yo no me conozco, a lo menos.

Sale NENA del tocador risueña y anhelante. Se ha desprendido ya de algunas galas, pero aún conserva el traje de la comedia.

Nena. ¿Qué venate es este, criatura? ¿Estás loco? ¿No me dijiste que no vendrías?

José Manuel. Sí; eso te dije: no pensaba venir. No traté de engañarte.

Nena. Ya lo comprendo.

José Manuel. Pero luego no pude hacer mi voluntad. Fueron las circunstancias más fuertes que yo. Y ya ves: he venido.

Nena. ¿Y has estado en el público?

José Manuel. Sí. ¿No te lo ha dicho el corazón? Es verdad que en todo habrás pensado menos en mí.

Nena. ¡Qué cosas se te ocurren! ¿Pero en qué sitio has estado que no te he visto?

José Manuel. Arriba; donde nadie me conocía.

Nena. Eso es: como un hurón. ¡Qué rabia no saber que estabas ahí! No te lo perdono.

José Manuel. ¿Y qué más te daba saberlo o ignorarlo?

Nena. ¿Eso crees?

José Manuel. Entiéndeme: esta noche menos que nunca eras tú mía.

Nena. ¡Esta noche más que nunca lo era!

José Manuel. ¡No!

Nena. ¿Que no?

José Manuel. Eras de tu público, de tu gloria, de tu arte. Lo he visto en los rostros de todos, en las voces que aclamaban tu nombre, en muchos ojos que lloraban, en las manos que te aplaudían frenéticamente.

Nena. ¿Y todo eso lo dejo por ti y era de ellos y no era tuya? ¡Ingrato!

José Manuel. Ingrato, no; celoso.

Nena. ¡Celoso de mi última noche de artista!

José Manuel. Celoso de todo: de los menores movimientos, de los comentarios en voz baja, de los actores que te miraban en la escena... ¡hasta de las flores que te arrojaban a los pies!

Nena. Pero, José Manuel, yo no te he visto nunca de esta manera.

José Manuel. Es posible que no. Me salí a la calle, dispuesto a no presenciar más nada de aquello; me alejé del teatro resueltamente, y a poco me hallé con que lo rondaba. No sabía apartarme de él. Hasta mí llegaba en la calle el vivo estruendo de los aplausos. ¡A cien leguas lo hubiera oído! Y volví adentro.

Nena. ¡Qué puerilidades las tuyas, José Manuel! ¡Qué caro te cuestan y cómo me disgustan a mí! Tú, el hombre de hierro, te vuelves de cera algunas veces.

José Manuel. Sí.

Nena. Lo más insignificante y ligero te deja huella en el corazón.

José Manuel. Sí.

Nena. Justamente la noche de tu gran victoria, la noche en que nuestro amor, en que tu amor triunfa de todo, de mi vocación, de mi gloria, de mi vida, te gozas en atormentarte. ¿Por qué eres de este modo?

José Manuel. ¡Qué sé yo! No parece sino que el aire del teatro está lleno de invisibles espinas para mí. ¡Ojalá no hubiera venido!

Nena. ¿Por qué? ¡Si has debido venir y estar más contento que nadie!

José Manuel. ¡Más contento que nadie...! ¿Y si yo te dijera...?

Nena. ¿Qué?

José Manuel. No, y he de decírtelo; sí, he de decírtelo, porque no sé callarte nada.

Nena. Ni hay razón para ello. ¿Qué te ocurre? Dime ya lo que tienes, hombre. Dímelo.

José Manuel. Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche... no sé cómo expresártelo, Elena... he sentido como la pesadumbre... como el remordimiento...

Nena. ¿De qué, loco?

José Manuel. De esto que hago contigo; de este sacrificio de tu gloria a que mi cariño te ha obligado.

Nena. ¡No sigas!

José Manuel. Ha sido una ráfaga, no más; pero he sufrido su influjo y te lo confieso.

Nena. ¡Calla!

José Manuel. Déjame hablar. Por eso estoy aquí a estas horas; por eso he tenido que entrar a verte: para que me repitas, para que me jures otra vez que me quieres a pesar de todo y por cima de todo. Y ha de ser ahora, ahora mismo; cuando aún aturde tu cabeza el eco de los aplausos, que ya perdiste, y cuando aún tiem-

bla tu corazón lisonjeado por las caricias de esta gloria que dejas. ¡Júramelo!

Nena. Yo debiera ofenderme, si no te conociera. ¡Sacrificio mío le llamas a abandonarlo todo por ti! ¿Es que has olvidado cómo te quiero? ¡Ingrato; ingrato otra vez; mil veces ingrato!

José Manuel. ¡No!

Nena. ¡Sí! Dejo esta vida, y si dijese que la dejo sin pena, mentiría.

José Manuel. ¿Ves tú?

Nena. ¿Cómo quieres que no la quiera, hombre, si ha sido mi ser hasta ahora... si en ella y por ella te conocí?

José Manuel. Cierto. Discúlpame.

Nena. Ya he empezado por disculparte; ya te he dicho que te conozco. Descansa, tranquilízate. Aquí quedaron enterrados esta noche, por la mano más poderosa del amor, laureles y flores de Nena Teruel... Un momento después que hubieras venido, ni siquiera estas galas habrías visto ya. Se acabaron las excitaciones del triunfo, las lágrimas de la injusticia, la pasión de esta vida, que es todo pasión. Cayó a tierra, cuando más firme estaba, mi trono de actriz. Lo ha derribado un soplo de amor. Y ya no deseo más triunfo que el de tu cariño, ni más trono que el de tus brazos. Conmovida. ¿Es esto lo que querías oírme?

José Manuel. Con vehemencia. ¡Esto es, esto es! Perdóname. Nada me duele más que ser injusto. ¡Y serlo contigo!...

Nena. Ya vas volviendo en ti.

José Manuel. Bien dices.

Nena. Pocas palabras han bastado.

José Manuel. Pocas, porque salieron de tu corazón.

Nena. ¡Qué alegría!

José Manuel. ¡Mayor que la tuya es la que a mí medas! ¡Te quiero de tal suerte, que un segundo imaginando que no eres mía me pesa como un siglo! Dicho

so yo que te llevo a mi lado, que acerté a descubrir a través de oropeles y resplandores capaces de cegar u ofuscar a otros, la mina virginal de tu alma. No naciste tú para divertir a los hombres, ni aun de la más noble manera, desde el tablado de la pública escena, sino para alumbrar una casa: mi casa; no nacieron tus ojos para mirar a todos, sino para mirarme a mí; ¿verdad?

Nena. ¡Verdad!

José Manuel. No nació tu corazón para fingir amores, sino para sentir uno solo.

Nena. ¡El tuyo!

José Manuel. ¡Ni nacieron tus mejillas de rosa para teñirse con el colorete de la farsa!

Nena. ¡Si vieras cómo se estremece mi orgullo al oírte decir eso!

José Manuel. ¡Alma mía!

Nena ¡La casa!... Pocos hombres pueden comprender—quizás tú solo lo comprendes—qué suerte de ensueño encierra esa palabra para muchas mujeres de las que tienen que salir a divertir a todos al tablado de la pública escena, como tú decías. Sólo tú, nada más que tú, oye esto, entre los muchos que han revoloteado en torno mío, sólo tú me has dicho: «Yo tengo mi casa para ti.»

José Manuel. ¡Para ti, sí, para ti! ¡Mi casa, mi nombre, mi vida!

Nena. ¡Mi vida y mi nombre para ti!

De repente se apaga la luz de la escena.

José Manuel. ¿Qué es esto?

Nena. Que nos dejan a oscuras; ya lo ves. Que son las tantas, y el electricista del teatro, o supone que ya nos hemos ido todos o nos quiere indicar que debemos irnos.

José Manuel. Ah.

Nena. ¡Marcelina!

Marcelina. Saliendo a tientas del tocador. Ya, ya voy.

Nena. Llégate y dile a Baltasar que dé luz otra vez y que espere un instante, que en seguida nos marcharemos.

Marcelina. Vamos ayá. ¡Miste qué grasia, ahora! Vase.

La soledad y el misterio de la escena estimulan en este instante el amor de José Manuel.

José Manuel. Ven, nena; ven a mí.

Nena. ¿Qué es eso? ¿Me llamas tú Nena?

José Manuel. ¡Nena por niña, no por tu nombre del teatro! ¡Ven!

Nena. ¿Qué quieres?

José Manuel. Ven. Tenerte cerca.

Nena. No...

José Manuel. Sí... Ahora que no me detiene tu rubor, porque no lo veo, quiero pedirte un beso.

Nena. Con suave ironía y sentimiento. Deja... Aún tengo en los labios el colorete de la farsa... Espera.

José Manuel. Esperaré.

Delicadamente le hace apoyar la cabeza en su pecho. Vuelve la luz, y con ella MARCELINA del escenario.

Marcelina. Contemplando desde la puerta el grupo de los enamorados. ¿Y pa vé esto he ido yo a desí que den luz?

José Manuel. Dejando a Nena. ¿Eh?

Marcelina. Bartasá me ha dicho que hagas er favó de andá de prisita, que ér tiene que marcharse.

Se entra en el tocador.

Nena. Sí; es cuestión de un minuto. ¿Me aguardas tú, José Manuel?

José Manuel. Te aguardo, sí; te dejaré en tu casa.

Nena. Pues ya salgo. Éntrase también en el tocador. Antes de entrar le dice, mirándole con cariñosa coquetería, y en voz muy baja: No te quiero.

José Manuel. Paladeando aquella miel. ¡Es mía! ¡Nada más que mía! Pasea tranquilo y dichoso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Alegre y primorosa estancia en casa de José Manuel Ramos. Al foro amplio mirador de cristales, que da al jardín de un hotel contiguo. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda del actor, que respectivamente conducen al interior de la casa y al pasillo que lleva a la calle. Muebles adecuados. Plantas de estufa. Es de día y estamos en Otoño.

—

Aparece NENA sentada junto al mirador leyendo un libro. A poco, cuando más embebida está, llega MARCELINA por la puerta del pasillo, con dos tarjetas. Al pronto Nena ni la ve ni la oye.

Marcelina. Contemplando a Nena. ¡Leyendo! ¡Claro! ¿Qué va a hasé? ¿Cuándo no es Pascua? Llamándola. Nena. ¡Nena! ¿Te has caío en un poso? ¡Nena!

Nena. ¿Eh? ¿Por qué me llamas Nena? ¿No te he dicho que me llames Elena siempre?

Marcelina. ¡Mujé, si ahora estamos solas tú y yo!

Nena. Aunque estemos solas Por no acostumbrarte, luego te equivocas delante de José Manuel, y no hay para qué contrariarlo. Además, no quiero, no me gusta este género de reservas; me duele la boca de repetírtelo. A solas conmigo es lo mismo que delante de él.

Marcelina. Güeno, hija, güeno; pierde cuidao, que no gorveré a yamarte más que Elena. ¡Has cambiao

hasta er genio! Si a mí me hubieran dicho argún día que mentá en tu casa a Nena Terué iba a sé un delito, ¡me hubiera reío poco!

Nena. No es que sea un delito; es que a mi marido le desagrada. Y no hay más que hablar.

Marcelina. Le desagrada eso y le desagrada que se nombre na der teatro, hija mía. ¡Mía que los ojos que me echó anoche porque me puse a referí una funsión!

Nena. Pues así hay que tomarlo.

Marcelina. Pasiensia y barajá. Ten estas dos tarjetas que er portero ha subío.

Nena. Después de mirarlas. Ponlas ahí en el tarjetero.

Marcelina. Obedeciéndola. Es muy grasiosa esta manera de hasé visitas: se yega a la puerta e la caye, se le dobla un pico a la tarjeta, se le entrega ar portero... y ya se ha hablao con toa la familia. ¡Es lo mismo que mandá abrasos y besos por carta!

Nena. Lo mismo.

Marcelina. ¿Pos no es verdá? Por supuesto, argunas veses más vale vé sólo la tarjeta. ¡Porque mira, *Elena*, que vienen a tu casa unos tipos...!

Nena. Calla.

Marcelina. Se conose que los ingenieros no tratan más que con avechuchos.

Nena. ¿Quieres callar?

Marcelina. Ayé dos ingleses como dos fideos amariyos; antié un alemán que era cuadrao: no cabía a salí por el asensó. ¡Y sin peanas! Pisó a la perra y se oyó en mi pueblo el auyío. ¡Y cuarquiea los entiende! ¡Esta casa es la Torre e Babé!

Nena. Bueno, déjame, Marcelina, que estoy leyendo. ¿Qué yerba has pisado?

Marcelina. Ninguna. ¿Quieres luego er coche?

Nena. No. No salgo esta tarde.

Marcelina. Ya, ni er paseo.

Nena. Mujer, no tengo ganas hoy.

Marcelina. Ni hoy, ni ayé, ni antié, ni tras de antié.

Nena. Anda, anda vete; déjame, te digo.

Marcelina. Sacaremos a la perra a la caye. ¡Que siquiera el animalito respire por ahí! Hasta luego. ¡Un novio le vi a buscá der teatro!

Nena. En tono reprensivo. ¡Marcelina!

Marcelina. ¡Argunas veses tendría que sé muda pa no mentarlo! ¡Ay, qué tres añitos de hogá tranquilo! ¡Dios me los tome en cuenta!

Se va sofocadísima por donde llegó.

Nena. ¡El pan nuestro de cada día! Riendo. Y se cree un prodigio de disimulo.

Queda un instante pensativa, suspira después y sigue su lectura. Del interior de la casa viene JOSÉ MANUEL.

José Manuel. Hola. ¿Leyendo todavía?

Nena. Me ha interesado mucho esta novela.

José Manuel. No la conozco.

Nena. Si tú no lees más que librotes.

José Manuel. Hija, los que me interesan a mí.

Nena. Estos también te interesarían si los leyeras.

José Manuel. Pero no tengo tiempo.

Nena. ¡Dichoso tiempo! Siempre te falta para todo lo que sea distracción; para todo lo que a mí me gusta.

José Manuel. ¿Para todo?

Nena. Hombre, en general. Ven aquí. Mira como tienes los ojos: se te van a poner malos. Trabajas mucho: no descansas.

José Manuel. Cuando estoy metido en una empresa grande, como ahora, no sé dejar nunca los papeles. El único descanso que les permito a mis ojos es el de mirarte.

Nena. Con aire de cariñosa queja. Pues descansan muy poco, José Manuel.

José Manuel. Pero como es un descanso que a la vez los recrea, les aprovecha más.

Nena. Déjate de flores. No tienes horas para mí. Vi-

ves en tu despacho, en tu mundo, en tu fiebre. Algunas veces me dan celos de tu ayudante.

José Manuel. ¡Qué gracia! ¡Celos de Evaristo!

Nena. ¡Claro! ¡Es una adoración la que sientes por él!... ¡Demonio de hombre! ¡Más antipático!...

José Manuel. ¡Ah, no! Evaristo es una verdadera alhaja. Me sirve a maravilla. Tiene muchísimo talento. Y es de bronce: incansable. Se lleva si hace falta dos noches en vela, y lo tienes como si se acabara de levantar.

Nena. ¿Cuándo lo mandas a un viajecito?

José Manuel. Muy pronto.

Nena. ¿A las obras del ferrocarril de Canales?

José Manuel. Cabal.

Nena. Me parece admirable idea.

José Manuel. Lo malo es que yo habré de acompañarlo.

Nena. ¡Espantárame a mí! ¡Te digo que le tengo rabia! Siempre te me roba. ¿Y a qué vas tú a Canales, puede saberse, habiendo estado hace veinte días?

José Manuel. Voy porque ha habido una desgracia entre los obreros.

Nena. Ya.

José Manuel. El capataz le quita importancia, pero yo no me quedo tranquilo sin ver lo que es. Además, en estos casos dolorosos, nada agradecen ellos tanto como mi presencia. Significa cariño, atención, interés, no de jefe, sino de prójimo. Por eso quiero ir.

Nena Siendo así, nada te diré yo que se oponga a ello. Pero, mira, vuélvete luego sin Evaristo; déjalo allí unos días.

José Manuel. Riendo. ¡Haré lo posible por complacerte! Qué, ¿esta tarde no sales?

Nena. No. Me he emperezado. Si contara contigo, tal vez sacudiría la pereza.

José Manuel. Mañana; hoy no puedo.

Nena. Mañana ayunará Gálvez.

José Manuel. Mujer, hoy estoy esperando a un amigo.

Nena. ¡Por vida de los amigos!

José Manuel. Este viene a traerme un negocio.

Nena. ¡Por vida de los negocios! ¿Y qué amigo es?

José Manuel. ¡Un aparecido! ¡Hacía un siglo que no lo veía! Nos conocimos en los años en que yo estuve estudiando en el extranjero. En París vivimos juntos dos meses.

Nena. Ah, vamos; algún camarada de estudios.

José Manuel. No; él es hombre de más edad que yo. Estaba en París divirtiéndose Simpatizamos mucho. Ahora viene a hablarme de un salto de agua que hay cerca de unas posesiones suyas y que él quiere aprovechar como fuerza eléctrica. Allá veremos.

Nena. ¿Y a qué hora lo esperas?

José Manuel. Pronto. No debe de tardar.

Nena. Pues encantada yo. Mientras tú despachas con él me arreglo un poco, y cuando él se vaya nos marchamos los dos por ahí. Hay tarde para todo, ¿no?

José Manuel. No, no. Ya sabes que me inquieta que se me aguarde. A lo mejor nos enredamos a hablar, y me pongo nervioso pensando en que tú estarás impaciente. ¿Por qué no te vas con Marcelina?

Nena. En todo caso me iría un rato sola al Retiro. Pero como a ti no te agrada que vaya al Retiro, y mucho menos sola...

José Manuel. No es que no me agrade que vayas al Retiro, Elena; es que me asombra que te agrade a ti. Yo no he visto cosa más ridícula que ese dar vueltas y más vueltas unos detrás de otros para hacerse un saludo de cuando en cuando. ¿Hay manera de perder el tiempo con menos gracia?

Nena. Hombre, pintado así... Pero al Retiro no se va a eso. Se va en primer lugar, a gozar del sitio, que

es hermoso; a darles un poco de calma a los nervios; a charlar, a comentar, a ver gente... A mí me gusta; te soy franca.

José Manuel. A mí no; te soy franco también.

Nena. Pues por eso no voy. Tengamos aquí la del teatro.

José Manuel. El teatro es otra cosa.

Nena. Para mí es lo mismo que el paseo: ¡no voy nunca!...

José Manuel. Hija, ¡si se acaba tan tarde!... Se acuesta uno rendido... Yo necesito levantarme temprano... No es capricho; es razón. Convéncete.

Nena. ¿Y de día? Ahora hay muchas funciones de tarde.

José Manuel. ¿Y no es un contradiós, si se tiene un día libre, meterse en un local cerrado, con mala atmósfera, a estar incómodo y a ver cualquiera de esos adefesios que ahora se representan, en lugar de escaparse al campo a respirar bien, lejos del trabajo y del mundo?

Nena. Sí, sí; desde tu punto de vista, sí. Pero ¿y yo? Cuenta que sacrificaría de buen grado todo, teatros, paseos, diversiones, si estuviera contigo; ¡pero si tampoco te tengo a ti! ¡Si te me ha secuestrado el ayudante!

José Manuel. ¡Ja, ja, ja!

Nena. Te aseguro que no sé qué hacer ni qué inventar para que las horas en que estoy sin ti no sean tan largas... Este ocio constante me cansa, me agota, me descontenta sobre todo. Del piano al libro, del libro a los trapos, de los trapos al libro otra vez... Y así un día y otro .. sin que nada importe, sin que nada llene la vida... ¡Ay, José Manuel! ¡Si vieras tú lo que a mí me enoja pensar en esto! Para mí vives y yo para ti, y sin embargo... no es bastante. A ratos la casa está vacía: parece que o no estás tú... o no estoy yo. ¿Verdad?

José Manuel. No me digas eso, que me entristece

mucho. Si es verdad, no quiero que lo sea: haré lo posible porque no lo sea. Más te digo: para mí en la casa siempre estás tú; por eso me duele no estar yo siempre para ti. Hasta en mi cuarto de trabajo, donde paso las horas enteras absorbido por algo que de ti nada tiene, allí estás alentándome, siguiéndome, ayudándome a veces... El jarro con rosas que pones todas las mañanas en mi mesa delante de mis ojos, es para mí como imagen tuya.

Nena. No puedo hablarte de ciertas cosas porque siempre las llevas al extremo, y te hago daño sin querer... Pero yo... Con graciosa zalamería. Mira, para que lo entiendas sin enfadarte: a mí no me satisface del todo estar contigo en forma de rosas en un jarro, sino así... como estamos ahora. ¿Lo entiendes?

José Manuel. Con vehemencia y pasión. ¡Lo entiendo y te quiero más cada día!

Nena. Sintiendo que alguien llega. Quita, tonto.

José Manuel. ¿Qué?

Nena. La chica.

La chica se llama ASUNCIÓN y es de Ávila. No se sabe más de ella. Viene por la puerta del pasillo y trae una tarjeta en una bandejita de plata.

Asunción. Señor. Este caballero pregunta por el señor.

José Manuel. Será... Viendo la tarjeta. Sí; el mismo. Que pase.

Asunción. ¿Al despacho del señor?

José Manuel. No; aquí.

Asunción. Está bien. Se va.

José Manuel. Lo recibo aquí porque es un amigo de confianza y quiero presentártelo.

Nena. ¡Hombre! ¿Quién se quiere morir?

José Manuel. ¿Qué te sorprende?

Nena. Como rara vez se te ocurre presentarme a un amigo...

José Manuel. No... según quien sea... Este es muy simpático y muy dicharachero, y te hará reír.

Nena. Pues hasta ahora.

José Manuel. ¿Adónde vas?

Nena. A retocarme un poco... ¡Se trata de un acontecimiento!

José Manuel. Burloncito está el día.

Nena. Sí; ha cambiado el aire. Mira con qué facilidad. En seguida vuelvo. Vase al interior de la casa.

José Manuel la ve marcharse, con semblante risueño. Luego se vuelve hacia la otra puerta y aguarda a que llegue su amigo.

Los aficionados a adivinar los acontecimientos de las comedias imaginarán que el amigo que ahora viene es uno que se va a enamorar de la esposa, y cátate el conflicto. Pues, no, señor: el que viene es aquel SEÑOR TARAZONA de la Rioja, a quien conocimos en el cuarto de Nena Teruel, la noche de su despedida.

Tarazona. Desde la puerta del pasillo. ¿Hay permiso?

José Manuel. ¡Adelante, hombre!

Tarazona. ¿Cómo, te va, mocete? Lo abraza.

José Manuel. Bien, ¿y tú?

Tarazona. ¡Tan campante! ¡Qué bien vives, truhán!

José Manuel. Siéntate.

Tarazona. ¡Qué casica más maja! Y esta habitación es un fanal. ¡Mira que es alegre!

José Manuel. Si; tiene mucha luz y unas vistas hermosas.

Tarazona. ¿El jardín es tuyo?

José Manuel. No; pero lo mismo que si lo fuera. Es del hotel de al lado, y disfruto de él. Y el comedor, y mi despacho, y el gabinete de Elena, y todas las habitaciones en que más estamos, dan también a este mismo jardín.

Tarazona. ¿Elena es el nombre de tu mujer?

José Manuel. Elena, sí; Elena.

Tarazona. Bonito nombre. Y la persona andará en consonancia, seguramente.

José Manuel. Ahora la verás. Le he dicho que quiero presentarte.

Tarazona. ¿Es madrileña?

José Manuel. No; es jerezana. Hija de un coronel de artillería muy nombrado. Acaso lo conozcas tú: Ruiz Tudela.

Tarazona. No; no lo conozco.

José Manuel. Una familia muy considerada en Andalucía.

Tarazona. ¿Cuántos hijos tienes?

José Manuel. ¡Hombre, si llevo tres años de casado!...

Tarazona. ¿Tienes tres, entonces?

José Manuel. No; no tengo ninguno.

Tarazona. ¡Pues no sale la cuenta!

José Manuel. Ya vendrán.

Tarazona. ¿Los deseas?

José Manuel. Ardientemente: más por mi mujer que por mí.

Tarazona. ¿Quieres que te mande yo un par de ellos? A mí me sobran.

José Manuel. Tú tienes ocho, ¿no?

Tarazona. Nueve. Y también estuve tres años esperándolos; ¡conque abre el ojo!

José Manuel. ¡Ja, ja, ja!

Tarazona. Con los hijos pasan cosas muy chuscas. El primero. . ¡hay que ver cómo se recibe al primero! Llora el padre, llora la madre, lloran los abueletes... ¡todos de alegría! ¡Qué bien se está en la casa! Que si varón, que si hembra, que si Juan, que si Pedro, que si Roque... ¡Un hogar feliz! El crío, un tirano: todos pendientes de él. Adelante. Se anuncia el segundo, y la preocupación principal es el sexo. Si se tiene una hembra se quiere un varón, y si se tiene un varón, una hembra. Y llega lo que falta, y ya se formó la parejita. ¡Tan contentos! Al tercero no se le encuentran tantos

alicientes, porque en ese punto del sexo no cabe novedad: niño o niña tiene que ser; no hay escape. El cuarto... el cuarto, mocete, te hace rascarte la cabeza, más que por el crío, porque ves que la señora le ha cogido el tranquillo al asunto, y no sabes adonde va a llevarte... Y ya desde el quinto para arriba te entregas a tu sino sin comentarios, y ¡sea lo que Dios quiera! Metes la cabeza debajo del ala, los bautizas con el nombre del santo del día... ¡y a vivir! ¡No vas a matarlos! ¡Ellos son los únicos que no tienen la culpa!...

José Manuel. Riéndose. ¡Bien, hombre, bien! No te cambia el humor con el tiempo.

Tarazona. Ni con el tiempo ni con la descendencia.

José Manuel. Sí; que ya teniendo tantos, deben de ser un cuidado incesante.

Tarazona. Te diré; te vas haciendo a ello. ¿No ves que no nacen todos de un golpe?

José Manuel. Yo uno sí lo quiero; la verdad. No quiero quedarme sin un hijo.

Tarazona. Pues, hombre... ¡Vamos!... Comprende que... ¡Esa es una de las pocas cosas que no se le pueden pedir al gobierno!

José Manuel. No; de veras.

Tarazona. De veras hablo yo.

José Manuel. Un matrimonio enamorado sin hijos es algo desconsolador, como todo lo que es estéril sin deber serlo... Calor que se desparrama, que se pierde, que se va... Viene a ser como mucha luz que no halla un foco que la recoja. ¿No es así?

Tarazona. Sí, así es; eso del foco es muy exacto. Pero un foco o dos, mocete, un foco o dos; ¡porque nueve focos son capaces de dejarte ciego!

José Manuel. Fingiendo indignación. ¡Hablaba en serio, señor mío!

Tarazona. ¿Y de suegra, qué tal andamos?

José Manuel. No la padezco. Vive con su marido

allá en Jerez. Pero tengo en casa a una tal Marcelina, andaluza, amiga y servidora antigua de mi mujer, de quien no he podido librarme, y que tiene todos los inconvenientes de las suegras y ninguna de las ventajas.

Tarazona. ¿Ventajas? ¡Cómo se conoce que la tuya vive en Jerez!

José Manuel. Ahí viene ya Elena.

Tarazona echa la vista hacia la puerta del interior, y al reconocer a Nena casi da un salto, sorprendido.

Tarazona. ¿Eh?

José Manuel. ¿Qué?

Tarazona. ¡Pero, hombre! Acercándose más a la puerta, para cerciorarse, y haciendo luego todo género de aspavientos. ¡Pero, hombre!

José Manuel. ¿Qué te pasa?

Tarazona. ¡Esta sí que es buena! ¡Pero, hombre! ¿Es posible?... ¡Vaya si es posible! ¡La misma!

José Manuel. ¡No te entiendo!

Sale NENA.

Nena. Muy buenas tardes.

Tarazona. ¡Buenas tardes! ¡Dichosos los ojos! ¡Le digo a usted que esto no me pasa más que a mí!

José Manuel. Pero...

Nena. ¿Cómo?

Tarazona. ¡Chico, chico, las veces que te he llamado bruto sin saberlo!

Nena. ¿Qué dice?

Tarazona. ¿Cómo está usted? ¿Usted no se recuerda?

Nena. No... no...

José Manuel. Turbado. ¡Ah! ¿conocías tú...?

Tarazona. ¡Naturalmente! ¿Quién no ha de conocerla, hombre? ¡Hace falta tu santa pachorra para no decirme con quién te habías casado! ¡Qué hija de coronel de artillería ni qué enredos! ¿Tenías más que haber nombrado a Nena Teruel y estábamos al cabo de la calle?

José Manuel. Como para mí eso era un accidente y hace ya tres años que dejó de llamarse Nena Teruel...

Tarazona. Es verdad; que tú me has dicho otro apellido.

Nena. Sí, señor, sí: yo no llevé nunca en la escena el apellido de mi padre.

José Manuel. Con jovial ironía. No sonaba bien. Y en el teatro... ¿De manera que eran ustedes amigos...? Nena no sabe qué contestar.

Tarazona. No; yo no le he hablado más que una vez: la noche en que se despidió del público.

Nena. ¡Ah... sí!

Tarazona. Le mandé a usted una cesta de rosas... Eusebio Tarazona, me llamo.

Nena. Sí, sí; ya recuerdo, ya. Entró usted en mi cuarto cuando se había acabado la función.

Tarazona. ¡Eso es!

Nena. Y me dijo usted que había hecho el viaje ex profeso.

Tarazona. ¡Ajajá!

Nena. Y hasta añadió que iba a costarle que su esposa no le hablara en una semana.

Tarazona. ¡Mira como se acuerda!

Nena. Sonriendo. ¿Fué así, lo de su esposa?

Tarazona. ¡Quiá! ¡Todo lo contrario! ¡Estuvo una semana sin callarse! ¡Y qué cosas me dijo!

Nena. Menos mal. Porque ahora no me lo habría perdonado. ¿No se sienta usted?

Tarazona. ¡Ya lo creo que me siento! ¡Y no me levanto en una hora! ¡Pues apenas he tenido alegría con esta sorpresa! José Manuel se ha quedado sin habla.

José Manuel. No... es que también a mí me ha sorprendido...

La conversación disgusta y mortifica más a cada instante a José Manuel, que apenas logra fingir cierta cordialidad y atención.

Tarazona. ¡Que sea enhorabuena, mocete; que sea

enhorabuena! ¡Ya fiaba yo en tu gusto, ya! ¡Esto es casarse, y lo demás es perder el tiempo!

Se ríe Nena.

José Manuel. ¿No te dije que te haría reír?

Tarazona. Te advierto que admiradores apasionados habrá tenido ella, pero como Eusebio Tarazona no ha tenido ninguno.

José Manuel. Sí; por eso me has llamado bruto tantas veces.

Tarazona. ¡Por eso! ¡Y no me vuelvo atrás! ¡Quitarnos a todos este regalo!...

Nena. Tratando de cambiar el rumbo de la conversación. Bien, bien; eso es agua pasada ya; son cosas que se fueron...

José Manuel. Exacto.

Nena. Hablemos de las cosas presentes, ¿no?

Tarazona. Pero ¿es posible que no goce usted en recordar sus días de gloria? ¡Algunas veces he hablado yo de esto con mi mujer, poniendo a éste como los trapos! ¡Ja, ja, ja! ¡Quién había de decirme que éramos tan amigos! ¡Tenía usted en la escena un imán, una luz...! ¡La que deslumbró a este charrán! Sugestionaba usted a la gente; sin que se ofenda su modestia. ¿Y aquella manera de decir los versos? ¡Qué voz tan llena de secreticos! ¡Cómo sabía meterse en el corazón! Tú estarás en grande: cada lunes y cada martes tendrás representaciones para ti solo. ¿No siente usted de cuando en cuando una comezoncilla de volver...?

José Manuel. Interrumpiéndole. No; no siente comezón ninguna. Se ha olvidado completamente ..

Tarazona. No te pregunto a ti; le pregunto a Nena.

José Manuel. A Elena.

Nena. Recordar sí recuerdo a ratos... ¿Cómo no? Fué mi vida durante unos años... Vida apasionada, vida inquieta... Pero otra cosa, no. Sentir nunca el deseo... no. Aquello quedó sepultado; pertenece a otro mundo.

José Manuel. Ya lo oyes.

Tarazona. Pues ¡qué sé yo! Me parecía a mí que era difícil... ¡Yo hice una vez en aficionados *El puñal del godo* y me acuerdo todos los días!... No me diga que no, que a lo menos cuando vaya usted al teatro...

Nena. Voy muy poco al teatro.

Tarazona. ¿Y eso?

Nena. Éste hace una vida especial... tiene que trabajar mucho por las mañanas...

Tarazona. ¡Vaya por Dios! Lo sentirá usted.

Nena. Sí lo siento, sí; pero lo primero es lo primero. Ya me lleva siempre que puede.

José Manuel. Muchas veces no vamos, la verdad, Eusebio, porque me fastidia el revuelo del público apenas aparezco con ella. La gente es imprudentísima y muy descarada.

Tarazona. Eso sí: y te tienen tirria más de cuatro.

Nena. ¡Qué tontería!

Tarazona. ¡Y más de cinco!

José Manuel. ¿Y envidia, no me tienen?

Tarazona. ¡Puño, que si te tienen envidia! ¡Todos los que la conocieron! Empezando por mí, ahora que no me oye la de la tierra de los pimientos.

Se ríen los tres.

Nena. Gran humor el de usted, amigo.

José Manuel. Ya te lo anuncié. Impaciente. Oye, y cuando quieras vamos a mi despacho...

Tarazona. ¡Bah! Tiempo hay de todo. ¿Quién se ocupa ahora del salto de agua? ¡Estoy viendo que va a resultar una salivica!... Para salto el mío, al ver a tu mujer. ¿Quieres creer que no me acostumbro? ¡Esta noche sueño yo con esta escena!

Nena. ¡Pero qué afición le tiene al teatro!

Tarazona. Es mi delirio. Lo ha sido siempre. ¿Ha visto usted la que dan ahora en el Español?

Nena. No... no vamos hace tiempo.

Tarazona. Pues no dejes de llevarla a ver esa obra, mocete. Le gustará, le gustará. Tiene mucha poesía: remueve el corazón.

Nena. ¿Cuál es? *¿Flores de invierno?*

Tarazona. *Flores de invierno*, sí. ¡Bonita obra! Y ¡cómo la hacen! Sobre todo este muchacho Olmedo, está maravilloso.

Nena. ¿Sí?

Tarazona. Ha tenido un triunfo. ¡Qué presencia más agradable, qué voz más persuasiva, qué emoción dramática en algunos momentos!

Nena. Sí; vale mucho Román.

José Manuel. ¿Quién?

Nena. Román Olmedo: así se llama...

Tarazona. ¡Que si vale! Hay una escena en esa obra que me puso el vello de punta. Se despide de una mujer con quien tuvo los primeros amores de su vida y a quien se llevan lejos y para siempre, y aquello no es comedia, no es ficción; es la verdad misma: es que te cala en lo más vivo.

José Manuel. ¡Vivir para ver!

Tarazona. No lo dudes.

José Manuel. ¿Cómo no he de dudarlo, si tengo a ese Olmedo—ya que recuerdo de quién se trata—por uno de los cómicos más cursis que hay bajo la capa del sol?

Tarazona. Mocete, tú estás confundido por fuerza.

José Manuel. No, no; sé quién es.

Tarazona. Nena, ¿usted oye esto?

Nena. Sí; a lo mejor cuestión de antipatía personal. Éste en sus antipatías es implacable. Y una de las mayores...

Tarazona. ¿Es Olmedo?

Nena. No, señor: el teatro.

Tarazona. ¿El teatro? ¡Puño! Pero ¿a ti no te gusta el teatro y te has casado con una actriz?

José Manuel. Ahí verás: para quitársela al teatro, precisamente. Porque no debía estar en él quien tanto vale.

Nena. ¿Le parece a usted que le dé las gracias?

Tarazona. ¡Lo que me parece es que hay teorías para todo!

Nena. Por eso vamos menos, diga él lo que quiera; porque siempre vuelve con el humor torcido.

José Manuel. Es cierto; en el fondo, es cierto. Me inspira el teatro una repugnancia instintiva; un desdén absoluto.

Tarazona. ¡Mocete!

José Manuel. ¡Es un arte ridículo!

Tarazona. ¿Que es ridículo dice? ¿Y usted no lo confunde?

José Manuel. Y si no quieres llamarle ridículo, llámale infantil; de criaturas. Todo en él es contrahecho y falso; artificioso, pueril, mezquino. Muñecos les llaman a sus personajes y están bien bautizados; muñecos son. Convenceos: entre esos árboles y esos montes de papel o de lienzo, y esos muros que tiemblan al abrirse o cerrarse puertas o ventanas, mal puede ocurrir cosa alguna que tenga grandeza.

Tarazona. ¡Puño! ¡Por dónde se apea el ingeniero! ¡Quería los montes de verdad y las casas de piedra! ¿Quién iba a mover las decoraciones, mocete? ¡Sólo el Padre Eterno podía ser tramoyista!

Nena. Pues a pesar de sus exageraciones, y a pesar suyo, sepa usted que más de una vez lo he sorprendido yo en el teatro con los ojos llenos de lágrimas.

José Manuel. Sí; no lo niego: a veces llego a emocionarme. Y con lo más sencillo: un soldado que se va; la banda que se oye; algún cantar del campo que suena lejos... Siempre es algo humano, algo que se parezca a la verdad lo que me conmueve; pero ¡eso se da tan de tarde en tarde!

Tarazona. ¡Hombre, si no vas nunca! ¡Es como el que no juega a la lotería y quiere que le toque el gordo! ¡Pues sí que tendrán ustedes cada gresca a cuenta del teatro, que me río yo!

Nena. No, no; se engaña usted: ni una sola.

José Manuel. Ni una sola.

Nena. Él piensa así, y yo lo dejo; y no tengo que jurar que yo pienso de distinto modo enteramente.

Tarazona. ¡Es natural!

Nena. A mí me encanta de tal manera el teatro, lo encuentro arte tan prodigioso, que se me figura cada representación como una cosa que se sueña.

Tarazona. Digo, ¿eh?

Nena. El solo milagro de juntar en una tantas voluntades, de unir tantas vidas en un momento, de llevar a todos los corazones un mismo ritmo, ya merece que el teatro sea mirado con simpatía y con amor.

Tarazona. ¡Bien dicho!

Nena. Se le llama templo y lo es: une a los hombres; los hace hermanos. Y también, como el templo, sabe crear esa emoción del silencio, que es tan honda y tan pura. ¿Verdad?

Tarazona. ¡Mucho! ¡mucho! Míreme usted los ojos.

Nena. Exaltándose. Cuando yo representaba, lo recuerdo bien, más que con el aplauso delirante, que hacía temblar la sala, más que con la risa atronadora, gozaba sintiendo ese silencio. Mentira me parecía lograrlo en ocasiones con un ademán, con una mirada, con una palabra. Todos los ojos hacia mí; todos los pechos contenidos; todas las almas pendientes de la mía... Dirigiéndose a José Manuel. ¡No me digas que no es esto bello!

José Manuel. Para ti lo es, sin duda. Bien lo demuestra el ardor que has puesto en tus palabras.

Nena. Y para ti también lo es... sólo que tú no lo confiesas.

Tarazona. Bueno, bueno, ahora sí que nos vamos tú y yo a hablar del saltico de agua. ¡Acabemos esta conversación con una ducha! ¡No quiero yo que la primera disputa por el teatro se me deba a mí, que tanto lo quiero!

Nena. No; no tema usted...

Tarazona. Por si acaso. Anda, anda. ¿Por dónde se va? ¿Por aquí?

José Manuel. Sí; por aquí. Vamos. Pero no por lo que tú temes.

Tarazona. El diablo las carga. ¿Verdad, Nena?

José Manuel. Llámale siempre Elena.

Tarazona. Hasta ahora, pues. No me despido. Va a irse con José Manuel y de pronto se vuelve a Nena y le pregunta. ¿Se acuerda usted de un beneficio suyo en Zaragoza... en que la obligaron a usted a cantar... y usted soltó un par de joticas?

José Manuel. Anda, hombre.

Tarazona. ¿Se acuerda usted?

Nena. ¡Vaya si me acuerdo!

Tarazona. ¡Buena polvareda se armó en la sala! Un baturro le dijo a usted... Considerando que no está el horno para rosquillas. ¡Se me olvidó de pronto! Echa ya para el despacho, ingeniero.

José Manuel. ¡Si tú eres el que se detiene!

Nena. Vayan con Dios.

Tarazona. Hasta ahora.

José Manuel y Tarazona se entran por la puerta de la izquierda.

Nena. Disgustado va. Bien lo conozco... ¿Quién había de decirle que su amigo...? Y ese hombre no se ha dado cuenta de lo que ha hecho; le ha puesto delante de los ojos lo que más podía lastimarle.

Llega MARCELINA muy regocijada por la otra puerta.

Marcelina. ¿Qué hases? ¿Estás representando?

Nena. ¿Eh? ¡No!

Marcelina. Pos argo tienes tú, porque a ti te briyan mucho los ojos.

Nena. Sí... que me he excitado con la charla. ¿Quién crees que está ahí?

Marcelina. ¿Quién?

Nena. Te lo voy a contar, porque no deja de tener gracia. Aunque a mi marido no se la ha hecho.

Marcelina. Entonses tiene grasia.

Nena. Figúrate que José Manuel, ¡cosa rara! ha querido presentarme a un amigo...

Marcelina. Raro será también.

Nena. No lo creas; lo raro es la casualidad que se ha dado. ¿A que no aciertas qué amigo es?

Marcelina. ¡Qué sé yo!

Nena. Piensa en la noche de mi despedida.

Marcelina. No me digas más: ya lo sé. Er de la Rioja: aquer tan simpático.

Nena. ¡Justo!

Marcelina. Bajaba yo con la *Patti* cuando ér subía por las escaleras, y pensé pa mí: ¿en dónde he visto yo esta cara? ¿Y resurtan amigos?

Nena. ¡Muy amigos! ¡Si se tutean! Al despacho se han ido ahora. Y con la pasión que ese hombre tiene por mí y por el teatro, no ha sabido hablar más que del teatro y de mí.

Marcelina. ¡Pos güeno estará el ingeniero! ¡Huyendo der perejí le dió en la frente!

Nena. Más lo siento yo...

Marcelina. Déjate er sentimiento en er borsiyo... ¡Es ya mucho aguantarse! ¡Arguna vez hay que sortá er grifo, hija mía! Dame un abraso fuerte. Y prepárate pa otra visita, que hoy es día de gala pa ti.

Nena. ¿Por qué?

Marcelina. En mi gabinete tengo a don Diego Espinosa, que viene a verte.

Nena. ¡Don Diego! ¡Qué alegría! ¡Pásalo en seguida, mujer!

Marcelina. Antes he venío a vé si era o no prudente pasarlo. Porque quiere hablarte en secreto.

Nena. ¿En secreto?

Marcelina. Tanto como en secreto, no; pero quiere consurtarte a ti sola sobre un particulá.

Nena. Pues dile que venga. Yo voy a ver si aquellos dos están engolfados en su negocio.

Marcelina. Sí; es conveniente.

Nena. Por eso.

Marcelina. Anda.

Nena. Voy.

Nena desaparece por la puerta del interior y Marcelina por la del pasillo. Momentos después vuelve por la misma acompañada de DON DIEGO ESPINOSA, quien viene en análoga traza a la del primer acto.

Marcelina. Entre usté, don Diego.

Don Diego. Gracias.

Marcelina. Siéntese usté, que ahora sardrá eya.

Don Diego. Gracias.

Marcelina. Aquí estará más cómodo.

Don Diego. Gracias.

Marcelina. No sabe usté la alegría que le ha dao.

Don Diego. Es muy buena. Y me quiere por ser quien fuí, que es de lo que ya se olvidaron todos. Dios bendiga. Suponiendo que Dios no tenga que hacer otras cosas; porque a lo mejor se le coge muy ocupado, y no cumple con su deber. ¡Yo lo digo!

Marcelina. ¡Y yo lo oigo! ¿Cómo se ha pasao usté tanto tiempo sin vení por casa?

Don Diego. Porque la última vez que vine vi una mala cara, y yo no aguanto malas caras ni en el salón del trono.

Marcelina. ¿También se va usté a meté con er rey?

Don Diego. ¡Me he metido antes con el Padre Eterno! ¡No se me quejará el monarca!

Marcelina. ¿Conque una mala cara, eh? ¿Habrá que desí de quién sería?

Don Diego. Por eso no lo he dicho. Por eso quiero hablar sólo a Nena. Yo, a quien no me quiere ver, le evito muy a satisfacción el enojo de verme. Sea este señor ingeniero, sea el Papa.

Marcelina. ¡Ya le tocó ar Papa!

Don Diego.

Ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar...

A mí en el mundo, Marcelina, casi no hay más persona que Nena que me quiera ver.

Marcelina. Nena y yo, don Diego. Pero yámele usté Elena si no quiere usté que el otro se arborote.

Don Diego. ¡La llamo como me da la gana!

Marcelina. ¡Bien hecho!

Don Diego. ¿Y qué hay por aquí?

Marcelina. Lo de siempre; ¿qué tiene de habé? ¡Paese que vivimos en un bujero! A esta casa no viene na die. ¡Ay, don Diego, qué dos añitos de fastidio!

Don Diego. ¿Dos, o tres?

Marcelina. Er primero toavía nos distrajimos argo, con el aqué de los viajes. Fué mucho trajín; no sé cómo tuvimos cuerpo; pero siquiera se movía una. ¡Qué atracón de Museos nos pegamos! ¡Josús! ¡Yo, soñando, no veía más que cuadros y estatuas!

Don Diego. ¿Y ahora?

Marcelina. Ahora es una muerte. Esto es er purgatorio en vía. Aquí no se habla más que de arcos vortaicos, de puentes, de túneles, de carreteras, de caminos de hierro y de la rasante. Yo creía que la rasante era una tiple y luego resurtó que era er suelo. ¡Le juro a usté que no pueo más con las conversasiones de esta casa! Y pa ensanchá el ánimo er gramófono y la pianola: ¡mecánico to! Y tos los discos roncos ya de aburríos.

Argunos ratos tiene una que ponerse ar barcón como si fuea un loro, pa desahogarse.

Don Diego. ¿Y Nena, qué tal lleva eso?

Marcelina. ¡Pobresita mía! ¡Si mi mayó coraje es que la veo sufrí y cayá! No es dichosa, don Diego, no es dichosa.

Don Diego. ¿No?

Marcelina. No, señó. Y cuidao que no se lo confiesa ni ar cura: ni a la armohá se lo dise cuando se acuesta. Pero no es dichosa, no lo es; yo la conozco mucho. ¡A eya le farta su teatro!

Don Diego. No diga usted majaderías, Marcelina. Aunque le faltara, que no lo sé, debe dar por bien sufrida la falta esa. Vida ingrata como ninguna aquella vida...

Marcelina. Pero, don Diego de mis curpas, ¿de qué me va usté a convensé? ¡Si yo no sé las veses que la he cogío enserrá en su cuarto representando sola! Disiendo versos, dando gritos, yorando, riéndose... ¡Representando sola! ¡Diga usté si no se parte el arma! ¡Como que pa esta niña aqueyo era el aire! Eya ha sío la primera que se ha engañao. ¿Qué cree usté?

Don Diego. Creo lo que siempre le repito, Marcelina: que es menos doloroso un amor imposible, que sentir en el corazón el hielo del desdén de quien se adora.

Marcelina. No me convense usté. Ca una tiene su arma en su armario.

Vuelve NENA por donde se marchó, jubilosa y risueña, y saluda con gran cordialidad a don Diego.

Nena. ¡Don Diego de mi alma!

Don Diego. ¡Nena! ¡Nenita! A Marcelina. ¡La llamo como quiero!

Nena. ¡Qué cara me vende usted ya la alegría de verlo!

Don Diego. Salgo poco de casa, hija mía.

Nena. ¡Pero, siéntese usted!

Don Diego. Y siempre por los arrabales, a las horas de sol, huyendo de la gente.

Nena. Siéntese aquí conmigo.

Don Diego. Gracias, hija mía; muchas gracias.

Nena. Y cuénteme usted cosas; usted que anda por el mundo.

Don Diego. Ya te he dicho por dónde ando yo.

Nena. ¿Qué tal van esos ánimos?

Don Diego. Apagándose como una lamparilla puesta a un Cristo viejo. Me acabo, hija; me muero el día menos pensado.

Nena. ¡No!

Don Diego. ¡Sí! Oirás decir que me han tirado al solar de junto a mi casa, como a un perro.

Nena. ¡Por Dios!

Don Diego. Y más vale, Nena, más vale. Lo estoy deseando. Para vivir como vivo, más vale. Para saber que hay *eminencias* del que fué nuestro arte, que dicen *ojecto*, *trascedental*, *discrección* y *anedocta*, prefiero que me tiren al solar; que la luna alumbre mis despojos.

Nena. Riéndose. ¡Siempre el mismo! ¡Y dice usted que va mal de ánimos!

Don Diego. Las lamparillas, cuando están apagándose, es cuando más chisporrotean. Y sábelo tú, que me quieres: cuando yo cierre el ojo, nada de aparato fúnebre ni de coronitas que han servido ya para otros infelices, cambiándoles las cintas; nada de compañeritos detrás de mis restos, haciendo chistes como si fueran a enterrar la sardina... y nada de pasarme por ningún teatro, ¡porque resucito, y me van a oír!

Nena. No hay que hablar de semejante cosa, don Diego; usted todavía vivirá mucho tiempo, aunque sólo sea para mí. Charlemos de cosas agradables. ¿Qué quiere usted? ¿Qué es eso que me ha anunciado Marcelina?

Don Diego. Ese es un asunto para el cual necesito de toda tu sinceridad.

Nena. Cuente usted con ella.

Don Diego. Pues mira, hijita. Yo tengo en mi casa un diccionario pequeñín, en el que voy raspando cuantas palabras encuentro vacías de sentido en los tiempos que corren. Las quito de allí por inútiles.

Nena. Está bien eso. Y conociéndolo a usted, me figuro muchas de las que ya habrán desaparecido.

Don Diego. Y de seguro aciertas. He raspado gratitud, compañerismo, deber, justicia, verdad, honradez, vergüenza, sentido común—éstas son dos, pero como si fueran una...—En fin, Nenita, que voy a dejar el diccionario en blanco.

Marcelina. Con viveza. Raspe usté también... Güeno, yo le mandaré a usté una lista. Por lo pronto raspe usté *divertirse*, porque esa es una palabra que ya no se usa.

Nena. Y que ibas tú a callar mucho tiempo.—Bueno, don Diego, ¿y por qué me cuenta usted ahora eso del diccionario?

Don Diego. Porque había raspado también la palabra amigo—amigo, no amiga—y el otro día la tuve que restituir.

Nena. ¿Pues?

Don Diego. Me topé en la calle con uno de tiempos lejanos, se interesó por mí, maldijo de medio mundo al oírme el cuento de mi vida...

Marcelina. ¿De medio mundo?

Don Diego. Sí; porque yo me encargué del otro medio.

Nena. No interrumpas tú, Marcelina.

Don Diego. Y el hombre se ha empeñado en favorecerme. ¡Aún hay patria, Veremundo! Quiere organizar una función teatral en beneficio mío para contribuir él también, en la única forma que puede, a hacerme llevaderos estos últimos días...

Nena. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no hay que desesperar enteramente?

Don Diego. A mí me repugna el beneficio.

Nena. ¿Sí?

Don Diego. ¡Sí! Pero el interés que mi amigo ha mostrado bien merece que yo me aguante. La humillación que en ello pueda haber la devoro dentro de mí. Sólo he puesto una condición.

Nena. ¿Cuál?

Don Diego. Que tú trabajes ese día.

Marcelina. ¡Ole! ¡ole!

Don Diego. Sin ¡ole! ¡Aquí no hay baile!

Nena. Don Diego...

Don Diego. Con tu presencia sola, será la fiesta lo que quiere mi amigo, sin andar pidiendo favores a quien ha de gruñirlos o de regatearlos; con tu presencia, Nena, la fiesta me honra tanto que me conmueve; adquiere a mis ojos un valor moral que la purifica, limpiándola de toda escoria y de toda hez. ¿Lo entiendes?

Nena. ¿Cómo no, don Diego? Y lo agradezco en lo íntimo de mi corazón. Por mí, dispuesta estoy con la mejor voluntad del mundo; pero...

Marcelina. Pero ¿qué?

Nena. Tú te callas. Hoy no es como antes, don Diego; mi voluntad no es mía.

Don Diego. Lo sé, y por eso he querido hablarte a solas primeramente.

Marcelina. ¡Es que no cabe en cabesa humana que ese hombre se oponga a una cosa así! ¡Es que si se opone!...

Nena. ¡Ssssch! No hagas que me enfade contigo. Don Diego, yo no le oculto a usted que estoy confusa en este momento... Nunca pude esperar... Andaba tan lejos mi ánimo de una cosa así... Por sentimiento, por la extraña alegría que me ha dado—ya que me pide us-

ted sinceridad,—mi deseo es que esa fiesta llegue a realizarse, y mi gusto trabajar en ella para usted...

Marcelina. Por ahí, por ahí. Ese es er camino. ¡No te van a comé los lobos porque sargas al ersenario un día!

Nena. Eso nadie tiene que resolverlo más que mi marido. Yo hablaré con él.

Marcelina. Entonses...

Don Diego. ¡Basta!... Lo que yo no quiero, Nena, es causar en tu vida la menor sombra de disgusto.

Nena. No tema usted.

Don Diego. Si he llegado a pedirte esto, ha sido por que la generosidad de ese amigo con quien no contaba, me obliga mucho a ello; ha sido también porque la vejez y la pobreza me agobian ya... Tú no sabes todo lo que duele arrastrar por el fango de las calles las alas que fueron de cóndor... Es un espectáculo del que querría privar cuanto antes a muchos... ¡Villanos! ¡Ganapanes que me explotasteis, que os enriquecisteis a costa de mi sangre y de mi inteligencia, no lograréis que os pida una limosna de lo que me debierais dar, porque es mío! ¡Si vosotros tenéis todo el dinero que yo os di, yo tengo este orgullo, que es mi tesoro; que enterrarán conmigo! ¡A ver quién puede más!

Marcelina. Silensio.

Nena. ¿Qué?

Marcelina. Que vienen.

Don Diego. ¿Quién viene?

Marcelina. Nadie ya; porque han entrao en la sala.

Nena. Es José Manuel con un amigo. Un antiguo amigo, también. Le estará enseñando la casa.

Don Diego. Pues yo te dejo.

Nena. ¿Ya?

Don Diego. Sí, ya. Aguardo tu resolución.

Nena. Irá muy pronto.

Don Diego. Repito que sin la más leve contrariedad para ti.

Nena. Vaya usted tranquilo.

Don Diego. Adiós, Nena.

Nena. Adiós, don Diego; adiós.

En este instante salen por la puerta de la izquierda JOSÉ MANUEL y TARAZONA. Don Diego, al verlos, les hace una severa reverencia y se retira por la del pasillo acompañado de Marcelina.

Don Diego. Señores...

José Manuel. Señor don Diego... No sabía que estuviera aquí don Diego Espinosa.

Tarazona. Pero ¿es éste don Diego Espinosa? ¡Quién lo ve y lo vió! Se asoma con gran curiosidad a la puerta.

José Manuel. ¿A qué ha venido?

Nena. Ya trataremos luego de ello.

José Manuel. Bien.

Tarazona. ¡Bendito Dios! ¡El *Tenorio* más gallardo y más arrogante que ha habido en el teatro! Así me lo decía mi padre. ¡El que más les gustaba a las mujeres!

Nena. ¡Bien tristemente acaba sus días! Apenas tiene qué comer.

Tarazona. ¿Es posible?

Nena. Como usted lo oye.

Tarazona. Pero ¿no hay quien remedie eso?

José Manuel. ¡Si es intratable el pobre señor! ¡Siempre está rabiando!

Tarazona. Mocete, lo que le pasa no es para tocar el requinto.

Nena. ¡Claro!

Tarazona. En fin, Nena, digo Elena—perdona tú el olvido,—no doy más música por hoy. Hasta otro día. El alegrón que he tenido con este encuentro no necesito ponderarlo. ¡En un pelo ha estado que no baile!

Nena. También para mí ha sido muy grato volver a verlo, y saber que es tan buen amigo de mi marido.

Tarazona. ¡Todavía no se lo perdono! Pero ya se me pasará, ¡qué diantre! Una noche he de venir a oírle a

usted decir unos versicos. Y si éste no los quiere oír, que se esconda.

José Manuel. Eusebio, ¡que te espera tu mujer!

Tarazona. ¡Toma! ¡Si por eso me entretengo tanto! Vaya, buenas tardes.

Nena. Adiós.

Tarazona. Como encuentre unas rosas como aquéllas, ¡como aquéllas! aquí las tiene usted esta noche.

Nena. Muchas gracias.

Tarazona. Y si se enfada el ingeniero, mejor.

Nena. No se enfada.

Tarazona. Hasta pronto.

Nena. Hasta cuando usted quiera.

Tarazona. Buenas tardes. Se va por la puerta de la derecha con José Manuel. Nena queda en actitud reflexiva. Hay un silencio. Después dice:

Nena. Le ha contrariado también la presencia aquí de don Diego... Cuando se entere... ¡Y no va a querer! Será inútil todo.

Vuelve José Manuel. Libre ya de testigos, no disimula su hondo desasosiego.

José Manuel. ¡Lo que charla ese hombre! Me ha hecho perder la tarde. Y luego, para nada.

Nena. ¿No os habéis entendido al fin?

José Manuel. Pero ¿tú crees que hemos tratado del negocio?

Nena. ¿Ah, no?

José Manuel. ¡No ha habido forma de sacarlo del tema del teatro! ¡Qué chifladura de teatro! Yo no me acordaba...

Nena. Como se sorprendió tanto de que yo fuera tu mujer...

José Manuel. Sí, sí. Menos mal que parece que lo que para mí ha sido un mal rato, lo ha sido agradable para ti.

Nena. ¡Qué injusto eres! ¿Y por qué te mortifica que alguna vez yo me recree recordando pasadas glorias?

José Manuel. Por eso: porque ya pasaron.

Nena. ¿Y tú eres capaz de olvidar en tu vida el pasado dichoso?

José Manuel. ¡El pasado dichoso!... Nunca se evoca si no es por descontento del presente.

Nena. ¿Qué dices? Ven acá. No frunzas el ceño. Hazme un rato en paz compañía. Tienes peor genio que don Diego Espinosa, tanto como te burlas de él.

José Manuel. Malo debe de ser entonces; porque viejo más gruñón y más hosco...

Nena. ¡Es que cuando tú llegues a viejo no va a haber nadie que te sufra!

José Manuel. ¿Nadie?

Nena. Sonriéndole con zalamería. ¡Nadie! ¡A mí me habrás matado a disgustos!...

José Manuel. Posible es que me lo digas en broma y que en el fondo haya un granito de verdad.

Nena. Un granito, no; ¡una montaña! Cuando te da esta vena, te pones muy gracioso, José Manuel. Y si te vieras la cara al espejo, te morirías de risa.

José Manuel. ¿Ha venido con alguna incumbencia don Diego?

Nena. ¡No lo quieras saber!

José Manuel. ¿Por qué razón?

Nena. Porque ya va de pasada la tormenta de Tarazona, y no he de ser yo la que forme otra nube.

José Manuel. ¿Trae agua esa nube?

Nena. ¿Agua nada más? ¡Sería inofensiva! ¡Trae rayos y truenos!

José Manuel. ¡Milagro de Dios que no me la deparara el dichoso teatro!

Nena. Eso es lo único bueno; porque los rayos en el teatro son cohetes y los truenos se hacen con un tambor...

José Manuel. Sonriendo a pesar suyo. ¡Hasta lo más

grande es allí ridículo! Luego dices tú que es que yo le tengo manía.

Nena. Aludiéndose, con coquetería cariñosa. Hombre, del teatro, cuando menos se piensa, sale algo que no es ninguna china precisamente.

José Manuel. Acariciándola. Eso sí.

Nena. ¡Tonto! ¡Me da un coraje cuando te veo tan tonto!...

José Manuel. Bueno: ¿qué quería don Diego?

Nena. ¡Y dale! Ya te lo diré.

José Manuel. ¿Cuándo?

Nena. Yo sé cuándo.

José Manuel. Mucho te preparas. ¿Es que temes decírmelo?

Nena. ¿Cómo he de temer nada, criatura? Mira que a lo mejor me sales por unas callejuelas...

José Manuel. No; pues aquí hay secreto desagradable. Me lo anuncia mi instinto.

Nena. ¡Vaya! Será peor callar; no empiece la devanadera.

José Manuel. Sí, sí; habla.

Nena. Verás. Ya conoces la crítica situación en que se ve el pobre don Diego.

José Manuel. Sí.

Nena. Apenas tiene más recursos de vida que lo que nosotros le damos.

José Manuel. Sí, sí.

Nena. A mí me duele, no puedo ocultártelo, más que por la desgracia misma, por tratarse de quien fué mi maestro; y dispensa que tenga que recordarte lo que tú no quieres oír.

José Manuel. Bien, bien; tu conciencia debe estar tranquila. Ayudas a don Diego cuanto puedes y—lo que más vale—lo tratas con toda consideración. ¿Qué más quieres? ¡Entra aquí don Diego y parece que ha entrado un rey!

Nena. ¡Y ha entrado!

José Manuel. De la baraja. No me quiero poner nervioso.

Nena. Ni yo quiero que me pongas a mí.

José Manuel. En resumidas cuentas, ¿qué pretende ahora?

Nena. Nada. Si te colocas en esa actitud, yo no te digo lo que pretende.

José Manuel. ¿No?

Nena. No. Considera que también tengo derecho a cansarme de oírte constantemente menospreciar y zaherir aquello a que debo las primeras alegrías de mi vida.

José Manuel. Celoso. ¿Y tal vez las más hondas, verdad?

Nena. Eso pregúntaselo a tu corazón, que tiene los secretos del mío.

José Manuel. No todos.

Nena. No me ofendas, José Manuel. Y acabemos, porque en cualquier caso ha de ser igual: lo que quiere don Diego Espinosa, ese trasto inútil del arte, para ti, ese viejo glorioso, para mí, es que en una fiesta de teatro que se organiza en beneficio suyo trabaje yo.

José Manuel. ¿Tú?

Nena. Sí; yo. Nena Teruel. Si no, no la acepta.

José Manuel. Pero si tú no eres Nena Teruel; si tú eres mi esposa.

Nena. Porque no soy Nena Teruel, porque soy tu esposa, no le he contestado yo a don Diego que iría a esa fiesta con el alma y la vida.

José Manuel. ¿Con el alma y la vida has dicho?

Nena. Sí.

José Manuel. ¡Oh! ¡Cómo no me engaño! ¡Cómo no son insensatos mis celos! ¡Cómo es verdad que no eres mía!

Nena. ¡José Manuel!

José Manuel. No eres mía, no; te me roba el aire de la farándula.

Nena. ¿Quieres callar?

José Manuel. Déjame que lo diga todo: ha llegado el momento. Si no, estallaría como una montaña cargada en su centro de dinamita. Tenía que ser; teníamos que hablar de esto, que es la única sombra de nuestra casa. Y va a ser hoy: ahora mismo.

Nena Hoy: ahora mismo: bien. Tú dirás.

José Manuel. Elena, confesión general: enséñame tu corazón, abierto en la mano como una rosa. Nos va en ello la ventura de nuestra vida. Tú sientes la nostalgia de tus años de actriz.

Nena. ¡Es cierto!

José Manuel. Tú en algún momento has deseado, con temor, pero con ilusión, aquellos triunfos.

Nena. ¡Es cierto!

José Manuel. ¿Es cierto? ¿No eres absolutamente dichosa al lado mío?

Nena. ¡Eso sí!

José Manuel. ¡Eso no! ¡Si me acabas de confesar que echas de menos lo que fuiste! No se es dichosa cuando se llora a solas, y yo te he visto a ti llorar.

Nena. ¿Y quién aspira en el mundo a una dicha completa, José Manuel?

José Manuel. A la de tu amor aspiraba yo: por eso te hice mía.

Nena. Tuya soy.

José Manuel. No, cuando distraes tu pensamiento lejos de mí.

Nena. ¿Es que tú, por ventura, no lo distraes lejos de mí también? No: no me mires con ese asombro. Si noble es tu trabajo, noble lo fué el mío. Si tú procuras para los hombres progreso, bienestar material, ese arte que a ti te subleva les proporciona deleite, reposo, bienestar del espíritu.

José Manuel. ¿Qué dices? ¿Pero qué estoy oyendo yo?

Nena. Comprende que la vida tiene muchas horas; que yo paso sola muchas horas también. Si en ellas pienso en el teatro, nada te quito; no te hago mal ninguno.

José Manuel. ¿Cómo que no? Cuando te vas a ese mundo de la ficción, no estás conmigo, Elena.

Nena. ¿No estoy contigo cuando te vas tú al tuyo, José Manuel?

José Manuel. Sí; pero como yo a ese del teatro lo desprecio y lo odio, el monólogo que tú le consagras, íntimo y silencioso, que no sale nunca a los labios, te va distanciando de mí; va limando en tu alma esa cadena ideal que la unió fuertemente a la mía. Y de ahí tu hastío, y de ahí tu cansancio, y de ahí tu aburrimiento... ¡Y no seremos venturosos de veras, como tenemos derecho a ser, hasta que de ese mundo de tramoya, de papel y de trapo, no quede en tu corazón ni estela, ni rastro, ni eco!

Nena. ¿Ves? ¡Eso tiene la culpa de todo!

José Manuel. ¿Qué?

Nena. ¡Tu intransigencia! Tu intransigencia dura y a veces cruel, que no respeta sentimientos que, aunque viven en mí dormidos, como si hubieran muerto, a veces despiertan o renacen, heridos, hostigados por ti. Sí, José Manuel; es lo único en que tu delicadeza se ofusca y se pierde. Pienses tú lo que quieras del teatro, debieras mirar siempre que tuvo un altar en mi corazón; debieras algunas veces dejarme que me asomara a él, siquiera desde lejos.

José Manuel. Lo que miro, Elena, lo que veo con espanto, es lo que he pensado tantas noches: que ésto no mató aquéllo.

Nena. ¿Y qué necesidad tenía ni tiene de matarlo?

José Manuel. ¿Eh?

Nena. ¿Por qué no he de trabajar en la fiesta de don Diego Espinosa si con ello soy yo la primera que se enaltece?

José Manuel. Porque si trabajaras, si yo consintiera en ese absurdo, volvería a enloquecerte el aplauso, volverías a soñar a todas horas con la embriaguez de los triunfos y yo te perdería para siempre. ¡No, eso no! No adornes tu gusto para engañarte o engañarme. A don Diego favorécelo cuanto quieras, pero desde tu casa. A la escena tú no vuelves más ni por caridad ni por anhelos de lo que fué tu arte. ¡Las huellas de mis besos de esposo no las cubrirá nunca, mientras quieras ser mía, la pintura ni el colorete! ¿Oyes esto?

Nena. Oigo, sí; oigo.

José Manuel. ¡En los ojos en que yo me miro ansioso de ver la luz de tu alma, no se reflejarán ya más las luces de la batería de la escena! ¿Lo has oído?

Nena. Sí; sí...

José Manuel. ¡De aquello, ni la raíz, ni una semilla, ni un germen! ¡Y si queda un germen en el aire de este recinto de mi hogar, purificaré el aire! Viendo que Elena llora. Piénsalo; medítalo; compréndelo... Piensa también en todo cuanto te quiero... y sea esta la última vez que te hago llorar. La contempla, combatido por varios sentimientos, y se va al interior de la casa.

Nena. Entre lágrimas. Lo pierdo, sí; lo pierdo si no le entrego mi alma entera... Así será: así tiene que ser: su amor en mí lo puede todo... ¡He de sacrificarle hasta la memoria! Queda abstraída.

MARCELINA vuelve por la puerta del pasillo Repara en Nena y la observa unos momentos antes de hablarle.

Marcelina. ¿Solita otra vez ya?

Nena. Ensimismada. ¡Hasta la memoria!

Marcelina. Con gesto alegre. ¡Está representando!...

Nena. ¡Hasta la memoria! Rompe a llorar.

Marcelina. Dándose cuenta de la situación y con viva pena. ¡No; ahora no está representando!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

Interior de la guardilla en que vive don Diego Espinosa. A la izquierda del actor la puerta de entrada. A la derecha otra puerta, con cortina.

Al foro una ventana que deja ver los tejados fronteros y el cielo.

El escaso mobiliario de la habitación, viejo y pobre como quien mora en ella, se reduce a una cómoda con algunos cachivaches y retratos encima, una tarimilla con brasero, una butaca y un par de sillas diferentes. Colgada en la pared una espada española. Es en una tarde de invierno.

—

No hay nadie en la escena. Llaman con los nudillos más de una vez a la puerta de entrada, y luego sale por la de la cortina DON DIEGO, que va a abrir. Usa en casa babuchas de orillo y una boina histórica. El palo no lo suelta ni un instante, ni la capa tampoco.

Don Diego. ¡Ya va! De seguro es la vieja. Siempre acierta a llegar cuando yo estoy adentro.

Abre la puerta y pasa GENARA, viejecilla madrileña muy habladora, vecina de guardilla, que cuida de él.

Genara. Buenas tardes.

Don Diego. Venga usted con Dios.

Genara. Olfateando. Aquí hay tufo.

Don Diego. ¡Aquí no hay tufo!

Genara. Miste que llegando de fuera es como se nota.

Don Diego. ¡Pues por eso no lo noto yo!

Genara. ¡Pero lo hay!

Don Diego. ¡Pero no lo hay!

Genara. ¡Ahogándose ha de estar usté y no ha de confesar que lo hay! ¡Viejo más testarudo! Abriré un poco la ventana.

Don Diego. Como abra usted la ventana va por ella al tejado.

Genara. Una rendijita na más.

Don Diego. ¡Siempre se ha de salir con la suya! ¡Cogeremos una pulmonía! Se emboza.

Genara. ¡Anda con Dios! Pa ponderar no hay otro. Con la tarde que hace...

Don Diego. ¡Nada! ¡Que se empeñó en abrirla! Se pone a gruñir en un rincón mirando rencorosamente a la vieja. Ésta abre la ventana, y en seguida traba palique con una vecina de enfrente, a quien no se ve.

Genara. Todavía hay sol.—¡Felices, Epifania! ¿Está mejor el hombre? – ¿Lo ve usté? A don Diego. La Epifania, que tiene al esposo con dolor de costao.

Don Diego. ¡No me importa! ¡Cierre usted ahí!

Genara. ¡Ahora cerraré! A la vecina. Pos si le repite por un casual, le pone usté otra *Corres* muy bien doblada.—Sí, señora; la prensa es mano de santo pa el dolor de frío.

Don Diego. ¿Quiere usted callarse y cerrar?

Genara. El evangelio de la misa. Yo lo sé desde mi cuñao, que le debe la vida al *A B C*.

Don Diego. ¡O cierra usted o cierro yo!

Genara. ¡Ay qué hombre!—¡Que siga el alivio! Cierra la ventana. Si yo no viniera aquí de cuando en cuando, se ahogaba usté un día.

Don Diego. ¡Y usted, si estuviera cinco minutos sin comadrear, se moría de repente!

Genara. No, que me voy a pasar la vida en un *moniloquio*, como usté.

Don Diego. No disparate usted, señora. Se sienta a la lumbre. ¿Y la chica?

Genara. Ahí la he dejao esperando a su Juan, pa osequiarlo. Lo que pasa; son jóvenes, se quieren, y, lo que pasa, siempre que pueden se osequian el uno al otro.

Don Diego. Me tiene abandonado: antes me visitaba más.

Genara. ¡Pero si dice que la pone usté como los trapos ca vez que viene!

Don Diego. Eso es mentira: yo no insulto a ninguna mujer.

Genara. Pos lo que es a mí, me paece...

Don Diego. ¡Es que usted ya ha dejado de ser mujer!

Genara. Como a usté se le antoje. ¿Se ha enterao usté de lo del portero?

Don Diego. ¿Lo ha cogido un tranvía?

Genara. ¡No, señor!

Don Diego. ¡Pues entonces no me cuente usted nada del portero!

Genara. ¿Y lo de la Demetria, lo sabe usté? Le ha tocao la lotería en un trece mil.

Don Diego. ¿Quién es la Demetria?

Genara. ¡Quién es la Demetria! ¡Quién es la Demetria! ¿Quién va a ser la Demetria? ¡La prima de Orosio! ¡La que está... usté me entiende, con Afrodisio! Dice esto uniendo los índices a lo largo.

Don Diego. ¿Y quién es Afrodisio?

Genara. ¡El cuñao del *Tuerto*, señor!

Don Diego. ¿Y el *Tuerto* quién es?

Genara. ¡Anda! Pos el *Tuerto* es... ¡el que está con la hermana de la Demetria! ¡Se lo he contao a usté cien veces! La hermana estaba con ese a quien le dicen el

Papeles; pero, lo que pasa, el *Papeles,* que es un hombre de bien, pero que tié mal vino, se tropezó un día con Escolástico y, lo que pasa, que anda, que ven, que vamos a tomar unas tintas. Que tú, que yo, que la Úrsula, que esto, que lo otro, que, lo que pasa, que se les calentó la boca, y que detrás de la primera copa vino la segunda, y, lo que pasa, que esta convidá la pago yo, que la otra tú, y que salieron los dos como toneles; que esto es lo que pasa.

Don Diego. Lo que pasa, señora, es que no cuenta usted una historia en que no entren doscientos personajes. ¿Qué tiene que ver toda esa gente con que le haya tocado a no sé quién la lotería? ¡No hay paciencia!

Genara. ¡No, señor; no la hay! ¡Jesús con el hombre! ¡Hable usté solo si le da la gana!

Don Diego. ¡Es lo más acertado!

Genara. ¡Por eso! ¡Hable usté solo! ¡Qué humor!

Don Diego. ¡De perros; sí, señora!

Genara. ¡De perros y de gatos juntos!

Don Diego. ¡Hemos quedado en que voy a hablar solo!

Cada cual refunfuña un poco para su capote. Llaman otra vez a la puerta.

Genara. Paece que han llamao.

Don Diego. Eso parece.

Genara. ¡También fué golpe el de arrancar la campanilla!

Don Diego. ¡Más cuenta me hubiera tenido arrancársela a usted!

Genara. Bueno, bueno.

Vuelven a llamar.

Don Diego. Sin duda llaman: asómese usted a ver quién es.

Genara. Bajando la voz. Este va a ser ese viejo *antiguario* que le quiere comprar a usté el espadón.

Don Diego. ¿Sí, eh? ¡Pues si es ese, no estoy en casa!

Genara. ¡Calle usté, señor!

Don Diego. ¡No quiero! Gritando más y más. ¡He salido! ¡Diga usté que he salido!

Genara. ¿Y cómo lo he de decir si le oye?

Don Diego. ¡Para que me oiga grito de esta manera! ¡He salido! ¡No estoy en casa! ¡Mi espada no se la vendo a nadie! ¡Y menos a ningún usurero!

Genara. ¡Alabado sea Dios! Se acerca a la puerta. Me paece que no es él. Me huele a faldas.

Don Diego. Será la vecina de abajo. ¡Pues también he salido! ¡Es una lechuza que viene a llevarse el aceite! ¡Sea quien sea, he salido!

Genara. Abriendo la mirilla ¿Quién es?

Nena Teruel pregunta desde dentro.

Nena. ¿Don Diego Espinosa?

Don Diego. ¿Esa voz?

Genara. ¡Ha salido!

Don Diego. Levantándose hecho una fiera. ¿Quién le ha dicho a usted que he salido, condenación de bruja?

Genara. ¿Le paece a usté? ¡No hay modo de acertar con el viejo este!

Abre la puerta y aparece sonriente NENA. Viene de mantilla. Su presencia alegra y conmueve a don Diego. Genara es toda ojos y oídos.

Don Diego. ¡Nena! ¡Nena mía! Estrechándole efusivamente las manos.

Nena. ¡Don Diego! ¿No me esperaba usted, verdad?

Don Diego. ¿Tú aquí? ¿Tú en mi casa?

Nena Como no va usted por la mía y yo quería verlo...

Don Diego. Dios te lo pague. Siéntate... Siéntate donde puedas.

Genara. Ofreciéndole una silla. Aquí, aquí: esta es la más decente de las dos.

Nena. Cualquiera; es igual.

Don Diego. ¿Te habrá fatigado la escalera?

Nena. No, señor; no.

Genara. La señorita es joven, y, lo que pasa, cuando se tiene poca edá...

Don Diego. Cierre usted la puerta... y la boca. Y váyase ahí dentro.

Genara. ¡Jesús! Obedece a medias: es decir, que cierra, pero se queda allí.

Nena. Pues, para mí no, don Diego; pero para usted esta escalera sí debe de ser muy fatigosa.

Don Diego. ¡Qué remedio! Ciento tres escalones.

Nena. ¡Virgen María!

Don Diego. Pero ya he resuelto la manera de subirlos a gusto.

Nena. ¿Es posible?

Don Diego. A cada escalón le he puesto el nombre de un conocido; de suerte que el subir y el bajar son para mí un recreo: ¡porque los voy pisando uno a uno! ¡Escalón hay en que echo un baile!

Nena. ¡Ja, ja, ja!

Genara. Se ríe la señorita... Como que a lo mejor tié unas ocurrencias este hombre... Miste, ayer, lo que pasa...

Don Diego. ¿Pero no le he dicho a usted que se vaya ahí dentro?

Genara. ¡Ay, señor! ¡Qué martirio! Con permiso de usté, señorita. Se va tras la cortina.

Nena. ¿Quién es esta mujer?

Don Diego. Una buena vieja que vive en la guardilla de junto, y que me cuida... y me aguanta, que no es poco hacer.

Genara. Desde dentro. ¡No es poco, no!

Don Diego. ¿Pero quiere usted callarse, Genara? ¿Ves? Ese es su vicio: darle a la lengua y entrometerse en todo.

Nena. ¡Bien, don Diego, bien! ¿Cómo va la salud? ¡Las ganas que tenía yo de charlar con usted un rato!

Don Diego. Eres tan buena... Ahora no me cambio por nadie. Rabiaba y maldecía un minuto antes de venir tú, y con verte de pronto, y con tenerte aquí y con oírte, mira, hasta lágrimas de alegría me salen a los ojos. Y tal vez estas lágrimas, velándolos, son las que me hacen ver en este momento esta miseria en que yo vivo, como un alcázar. Porque has venido tú Nena; por ello no más. Contemplándola cariñosamente.

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más
aun más mirarte deseo.

Riendo entre lágrimas. ¡Ja, ja! ¡Se me han venido esos versos a la imaginación!

Nena. De *La vida es sueño...*

Don Diego. Y en verdad que se me antoja que estoy soñando... Sí, sí; mi guardilla es un palacio ahora... Se enjuga los ojos.

Nena. ¿Por qué no ha vuelto usted más a casa?

Don Diego. No me lo preguntes: tú lo sabes.

Nena. Con pesadumbre. Es cierto. Después de todo, ¿qué más da, pudiendo yo venir? En mi casa, don Diego, no ha quedado ya ni aquella corona de laurel que había en la sala. La quemé yo por mi propia mano, y aventé las cenizas.

Don Diego. ¿Sí, verdad?

Nena. Me convencí de que debía y tenía que hacerlo, si quería paz en mi vida, y lo hice. Con la negativa que a usted le di, impidiendo, bien a mi pesar, que se realizara aquel beneficio, enterré hasta la última esperanza de volver alguna vez a la escena.

Don Diego. Pero tú, al casarte, ¿no renunciaste a ella para siempre?

Nena. Para siempre, sí; pero la vida es larga, inesperada, misteriosa; es pueril pensar que se ve claro nunca

en el mañana... El corazón está lleno de secretos. Ni la voluntad ni el amor más grande pueden enteramente secar aquello que algún día fué jugo del propio corazón... Y en el aislamiento de mi cuarto de esposa, muchas veces, don Diego, aletearon, turbando mi espíritu, recuerdos de la vida pasada, que querían nuevo ser... Pero ya acabó todo.

Don Diego. Y sea para bien, hija mía. Y si por arte del diablo vuelve a tu alma la tentación alguna vez, échale encima con heroico esfuerzo, no ya tierra sólo, sino peñas duras. ¡Que se ahogue, que se aplaste; que no pueda con tu voluntad! Mira que tu desencanto había de ser el más doloroso.

Nena. ¿Desencanto?

Don Diego. Desencanto, amargura. El Arte, Nena, es mucho más egoísta que el Amor; exige que se le dé toda la vida; y a quien por otro amor lo deja, lo desdeña luego brutalmente si vuelve a él. Tu vuelta a la escena no hubiera tenido para ti más que espinas crueles. Y ya no serías dichosa jamás: ni en tu casa, ni en el teatro. Vivirías como la gente marinera: en el mar, con la nostalgia de la tierra; y en la tierra, con la nostalgia de la mar. Créeme.

Nena. Es evidente, sí; es claro como la luz del sol. Se levanta. Vamos a hablar ya de otra cosa.

Don Diego. De lo que tú quieras hablaremos.

Don Diego se queda pensativo. Nena pasea, observando melancólicamente la pobreza de la habitación. Luego, con disimulo, saca de su portamonedas un billete y lo guarda en una caja que hay en la cómoda. GENARA, que ve la maniobra desde su escondite, asoma la cabeza un punto para comentarla.

Genara. (Ya sabía yo que esta visita iba a ser buena.)

Don Diego. Advierto, Nenita, que nos hemos callado; que no hablamos de nada.

Nena. De lo primero que hay que hablar es de que usted no debe vivir así.

Don Diego. ¡Qué importa ya!

Nena. A mí me importa, y mucho. Yo no conocía de cerca este desamparo. Cogiendo de la cómoda un retratillo. ¿Quién es éste? ¿Usted?

Don Diego. ¿Cuál, hija?

Nena. Éste: no se levante.

Don Diego. Ah, sí. ¡Cualquiera lo adivina! Es un grabado de una *Ilustración* de mis tiempos. El marco se lo ha puesto Genara.

Nena. Lo que no se puede dudar es que es *El Alcalde de Zalamea.*

Don Diego. *¡Pedro Crespo!* ¡Mi grande amigo!

Nena. La vara de la justicia; extendido el brazo...

Don Diego.

Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo.
Aqueste es el capitán.

¡Con qué gusto mandaba yo siempre ahorcar al capitán! Sobre todo, cuando lo hacía un tal Diéguez, a quien no pude resistir en mi vida. Se ríe Nena. Después, con dolor, contempla el retrato. No lo mires tanto, Nenita; o, si lo miras, luego no me mires a mí.

Nena. ¡Qué triste encanto el de los recuerdos!

Don Diego. Encanto... pero triste; has dicho bien. Y sin embargo, para los artistas vencidos ya, destruídos, olvidados, esa es la única llama que brilla en las cenizas. Se encorvan las espaldas, se apagan los ojos, se quiebra la voz... pero ¿y aquello que fué? No será ya más... pero fué... y aún alienta.

Nena. Conmovida. ¡No será ya más... pero fué... y aún alienta...! Por otro camino hemos vuelto al mismo sitio, don Diego.

Don Diego. Ya lo he visto, Nena. Riendo. *¡Pedro Crespo* ha tenido la culpa!

Nena. ¿Fué *El Alcalde* una de sus obras favoritas, verdad?

Don Diego. El *Don Juan* y *El Alcalde* se disputarón siempre mi predilección. Y como empecé el teatro tan niño, y me fuí formando en él poco a poco, en las dos llegué a representar con el tiempo todos los papeles.

Nena. Es curioso.

Don Diego. Sólo en ellas dos. Quizás por eso las querría más que a todas las otras.

Nena. Pues yo nunca lo vi a usted sino en los dos protagonistas.

Don Diego. ¡Es claro! ¡Si me estoy refiriendo a los tiempos de Maricastaña! Pero el *Rebolledo* lo hice mucho. Y muy de mozo el *Juan*, el cachorrillo, el hijo del *Alcalde*. Exaltándose por momentos, animado por la llama que salta en las cenizas.

—¿Qué opinión tiene un villano?
—Aquella misma que vos,
que no hubiera un capitán,
si no hubiera un labrador.

¡Y el *Capitán* lo hice también mil veces! ¡Y el *Don Lope de Figueroa,* que me divertía como ninguno por lo cascarrabias! ¡Y, por último, el *Pedro Crespo*, la figura inmortal, el villano en cuyo corazón late fuerte y puro el espíritu de la justicia! Se levanta y se yergue.

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

¡Aquí me tienes ya dispuesto, Nena, a formar compañía contigo! ¡Ja, ja!

Nena. ¡Ja, ja, ja! ¡Así, don Diego, así me gusta ver a usted: contento; animado!

Don Diego. ¡Gracias a ti! ¡Tú me has traído esta luz y este fuego!

Nena ¿Y dice usted que en el *Don Juan* interpretó también todos los papeles?

Don Diego. ¿Cómo todos? ¡Desde uno de los *malditos!* Ya sabes el cuento del comparsa que se jactaba de haber trabajado en el *Tenorio.*

¡Cuál gritan esos malditos...!

Y él decía: «¡Pues uno de los malditos era yo!» Y yo lo fuí como él; y fuí también el *Buttarelli*, y el *Avellaneda*, y el *Escultor*, y el *Ciutti*, y el *Don Luis*... ¡Hasta que llegué al *Don Juan*, que me fascinaba! Fanfarrón y gallardo en la hostería, audaz en la calle de doña Ana de Pantoja, temerario en la celda de doña Inés, y tierno y cariñoso en la quinta, arrodillado ante ella... soñando y cantando la redención de su alma por el amor...

No es, Doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por ti
ganarme para Él quizás.

Nena. ¡Con qué amor hice yo siempre la *Doña Inés!*

Don Diego. Sí, por cierto.

Nena. ¡Qué dulce figura! Es una azucena, ¿verdad? A mí me ha parecido siempre como una paloma que se ve presa en las manos de un hombre, que la puede ahogar o acariciarla; pero ella no sabe su suerte y tiembla. Sin voz casi.

No, Don Juan; en poder mío
resistirte no está ya;
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.

Genara. Volviendo a asomarse con los ojos llenos de curiosidad y un tanto perpleja. ¡Es ella cómica también! Quédase atisbando.

Nena. ¡Ay, don Diego...! ¡Me ha contagiado usted...! Yo también estoy diciendo versos del *Tenorio*...

Don Diego. ¡Ay, Nena mía! En estas escapatorias al ideal perdido, mientras vivamos nos sorprenderemos tú y yo. Ya lo has visto. Yo, el viejo actor arrumbado en una guardilla, río y lloro evocando mis glorias, y te digo versos con la ilusión de los veinte años... Tú, la esposa enamorada, que sacrifica su pasado por su amor, también ríes y lloras y también dices versos y sueñas... Nos unió en un momento la llama trémula, que cuando parece que se extingue se enciende, de aquel grande amor que durará lo que nuestra vida. Madre has de ser tú, y cuando menos lo presientas, surgirá dentro de tu alma como un suave y tímido reverdecer de las flores que escondiste entre las páginas de las comedias... Lo has de ver, Nena; lo has de ver...

Nena. Viéndolo estoy, don Diego, aquí mismo. Hace un instante recordaba usted a *Don Juan* y *Doña Inés* le respondía.

Silencio. Los dos, callados, como que mecen y acarician en su espíritu pensamientos análogos y sienten una emoción igual. La guardilla es ya el alcázar que a través de sus lágrimas vió don Diego. El mundo real está muy lejos de ellos, y no perciben sus rumores. Don Diego exclama de repente:

Don Diego. La primera vez que yo te vi representar a ti hacías cabalmente la *Doña Inés*.

Nena. No, don Diego; usted se confunde.

Don Diego. ¿Cómo que me confundo?

Nena. ¡Y tanto! La *Doña Inés* me la ensayó usted mucho; pero más tarde. La primera vez que usted me vió fué en Granada. ¡Digo! ¡Pues apenas tengo yo muy presente aquello! Entró usted en mi cuarto a felicitarme y me puse yo poco hueca.

Don Diego. Es verdad, es verdad... Me había trascordado... En Granada fué.

Nena. Representábamos una comedia de estas imitadas del teatro antiguo: *Amor se burla de Amor*.

Don Diego. ¡Justamente! ¡Del pobre Manolo Gonza-

lo! ¡Y era muy bonita aquella comedia! ¡Si yo la hice mucho también!

Nena. ¿Usted haría el *Don Félix?*

Don Diego. ¡Eso es! ¡El galán que se enamora de todas! ¡Y tú la *Diana!*

Nena. ¡La *Diana!* Que en el segundo acto cantaba aquello de... Entonándolo.

De amor me hirieron el pecho:
amor salta de la herida...

Don Diego. Cabal. Y había una escena en el tercer acto...

Nena. ¡La de la tapada!

Don Diego. ¡La misma! ¡Que siempre se aplaudía!

Nena. ¡Siempre!

Don Diego. ¿Cómo empezaba aquello?

Nena. Pues aquello empezaba...

Don Diego. No me lo digas, que me gusta acordarme. ¡Si ayer mismo he estado yo pensando en esa escena!

Nena. ¡Qué casualidad!

Don Diego. Interesante casualidad. ¿Cómo empezaba?

Rasgó la luz...

No, no.

La luz de una estrella...

¡Tampoco!

Nena. Apuntándole.

De la noche...

Don Diego. De la noche el negro velo
rasgó la luz de una estrella...

Nena. Así.

Don Diego. Y es tal, que con sólo ella,
la calle trocóse en cielo.

Nena. Fulgores son mano y pie...

Don Diego. Déjame, que eso es de mi parte.

Fulgores son mano y pie
ante cuya luz me inclino,
por el rostro que adivino
y que aunque ciegue veré.

¿A que era esto?

Nena. ¡Eso era!

Genara. Sacando con toda cautela una silla y sentándose sigilosamente ante la puerta. (¡Miste por donde voy yo a tener teatro de gratis!)

Nena. Y entonces contestaba yo...

Si cegáis, ¿cómo veréis?
Don Diego. Antes veré de cegar.
Nena. Mas luego habréis de llorar
si lo que visteis no veis.
Don Diego. Pues prefiere mi deseo
llorar si ciego y os vi,
a miraros junto a mí
y llorar porque no os veo.
Nena. Galán sois.
Don Diego. Y vos hermosa.
Nena. ¿Qué sabéis?
Don Diego. Capullos vi
que me pintaron por sí
cómo no será la rosa:
vuestra mano y pie.
Nena. Por Dios
que es muy gentil madrigal.
¿Sois poeta?
Don Diego. Ante el rosal.
Nena. No os entiendo.
Don Diego. Junto a vos.

Nena. Me obligáis y he de otorgaros
lo que pretendisteis.

Don Diego. ¡Veros!

Nena. ¿Suspiráis?

Don Diego. ¡Por conoceros!

Nena. ¿Para qué?

Don Diego. ¡Para adoraros!

Se descubre en actitud galante mirando a Nena, y así permanece mientras cae el telón. Los ojos de Genara están clavados en los dos inesperados intérpretes de «Amor se burla de Amor.»

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Febrero 1913.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles:*

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (7.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (5.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
Los piropos, entremés. (2.ª edicion.)
El flechazo, entremés. (3.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.ª edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.ª edición.)

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. (2.ª edición.)
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés. (2.ª edición.)
Morritos, entremés.
Amor a oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.
Amores y amoríos, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
Doña Clarines, comedia en dos actos.
El centenario, comedia en tres actos.
La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
Herida de muerte, paso de comedia.
El último capítulo, paso de comedia.
La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Solico en el mundo, entremés.
Palomilla, monólogo
Rosa y Rosita, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.
Sin palabras, comedia en un acto.
Nena Teruel, comedia en dos actos y un epílogo.
Hablando se entiende la gente, entremés.
El amor bandolero, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.
Los Leales, comedia en tres actos.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento:*

Comedias escogidas:

I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo..., Fortunato, Sin palabras, Nena Teruel y Los Leales.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo.* Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al ITALIANO:

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti *(Los Galeotes)*, por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori *(Las flores)*, por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole *(Mañana de sol)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.
Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna *(A la luz de la luna)*, por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole *(Las de Cain)*, por Juan Fabré y Oliver.
Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Giulio de Fronzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done.*
La zanze *(La zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Al ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen *(Las flores)*, por el mismo.
Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary v. Haken.
Lebenslust *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Al FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. Borzia
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheror.

Al HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. Smidt-Reineke.

PRECIO: DOS PESETAS

1 La Musa Loca
2. Nanita, Nana ...
3 Nenatervel
4 EL Nido
5. La Niña de Juana
6 EL Niño Prodigio
6 Novelera
7. Los Ojos de Luto
8. Los Pápiros
9 Pasionera
10. EL PATIÑILLO
11. EL Patio
12. Pedro López

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.20
no.1-14